

Anfibia PAPEL

AMOR

Idea y obsesión: **Cristian Alarcón**
Amor ejecutivo: **Mario Greco**
Amante total y edición de amores contrariados: **Ana Laura Pérez**
El arte de amar: **Juan Lo Bianco**
Amor por el arte: **Clarisa Chervin y Catalina Ruiz Luque**
Erótica angular: **Federico Lo Bianco**
Fragmentos de un discurso amoroso: **Andrés Monteagudo**
Color e intensidad: **Ricardo Farías**
La letra con sangre entra: **Pollen y Soleil / TypeTogether**
Primera impresión: **Akian Gráfica Editora**
Administración libidinal: **Ana Laura Fortuzzi**
Pasión digital: **Tomás Pérez Vizzón**
Primeros escauceos: **María Mansilla y Leila Mesyngier**
Marido fiel: **Martín Ale**
Noche fogosa: **Sol Dinerstein**
Joven efebo: **Tomás Majul**

Queda hecho el depósito que marca la ley N° 11.723.
Anfibia Papel es una publicación de Asociación Civil Cronos
para el fomento y el Desarrollo de la Comunicación Social.
Av. Belgrano 768, C1092AAU Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
Diciembre 2018. Todos los derechos reservados © Anfibia Papel.

Anfibia PAPEL

AMOR

amadxs



Artefacto atávico, entre el libro, la revista o la feria, *Anfibia* suspende su materia digital para explorar posibilidades no agotadas del decir. Este primer número propone escribir el amor a partir de los fragmentos de los que está hecha cualquier historia. Diversos, cada uno se integra a una narración mayor, empezando por la última imagen que conservamos de alguien. Alguien que anhelamos, gozamos, cuya voz dijo cosas íntimas. A sus oídos llegaron nuestras palabras con dulzura y nuestra desesperación en gritos. ¿Pueden desaparecer de nuestras vidas sin más las personas que amamos? ¿Qué pasa con ese recuerdo? ¿Y aquellos recuerdos que a su vez habitan en la persona amada? La materia cotidiana de la que están hechos los vínculos, el abrirse de nuevas constelaciones afectivas, el evento imperceptible que quiebra la confianza, la distancia que hace que sigamos siendo quienes somos; el sexo; el miedo; aquel instante feroz en que nos descubrimos amantes y amadx.

amores

1. final

LA CANCIÓN DE LA
TORRE MÁS ALTA
mariana enríquez

p. 8

2. crisis

JAMÁS ESCRIBAS
SOBRE MÍ
carlos manuel álvarez

p. 22

3. máscaras

PERFECTA
sonia budassi

p. 33

4. exs

DÓNDE ESTÁN LOS QUE
TU CORAZÓN AMA
álvaro bisama

p. 48

5. diferencia

ESA ÍNTIMA EXTRANJERÍA
QUE REPELE Y ATA
alejandro modarelli

p. 59

6. piel

TU CUERPO SE ABRE Y ENTRO
EN AGUAS PROFUNDAS
gabby de cicco

p. 70

7. irreversible

GANAS DE RETROCEDER
EL TIEMPO
alejandra costamagna

p. 80

8. miedo

DORMIR SOLA
erika halvorsen

p. 94

9. **sexo**

AQUÍ NO SE HACE
MÁS EL AMOR

gabriela wiener

p. 105

10. **fusión**

APOLOGÍA DE
LA DISTANCIA

maría sonia cristoff

p. 120

11. **rutina**

COSAS A LAS QUE
PRESTAR ATENCIÓN

nacha vollenweider

p. 132

12. **infidelidades**

VOLVER A CASA
A LIMPIARSE

EL PERFUME AJENO
enzo maqueira

p. 144

13. **enamoramiento**

HERIDOS SIN
HABERNOS TOCADO

margarita garcía robayo

p. 156

14. **verte**

AQUELLA NADA ORIGINARIA,
TÍMIDA, OPACA

alan pauls

p. 169

15. **todxs**

UNA FE ÚNICA

cristian alarcón

p. 180

textos

p. 191

imágenes

p. 194

1. final



LA CANCIÓN DE LA TORRE MÁS ALTA

mariana enríquez

Imágenes de **ignacio minaverry**

Él estaba sentado sobre el colchón mugriento que hacía de sofá

en el patio del edificio. Yo seguía mi viaje esa misma noche y quería verlo antes de dejar París. Pensé, lo recuerdo con enorme claridad: no estoy enamorada. Lo conozco desde hace una semana. Ni siquiera sé su apellido.

Guillaume desarmó su atado de cigarrillos y extendió la mano. Recuerdo que movió los dedos largos pidiendo algo y adiviné lo que quería: una lapicera. No me miraba. Anotó su email en el papel plateado: guillaumejolie1980@hotmail.com. Era el verano europeo de 2003 y él estaba de traje negro sobre ese colchón hospitalario, los ojos azules esquivos, el pelo húmedo de tan grasoso. Guardé su dirección en la billetera y no le dije voy a escribirte y él no volvió a estirar la mano para una última caricia. Me dejó ir. La noche anterior había sido demasiado tortuosa. Subí las escaleras de madera, cinco pisos, hasta el departamento de mi amiga, donde ya tenía preparadas las valijas y hacia el segundo piso me puse a llorar y pensé por qué es todo tan dramático, por qué quiero

bajar y hundir la nariz en su camisa blanca que huele a sudor de semanas e irme con él, *viajaremos, cazaremos en los desiertos, dormiremos sobre los pavimentos de ciudades desconocidas, sin cuidados, sin penas*. Me tomé un analgésico, abrí la ducha y me repetí que tenía treinta años, que cualquier amor de una semana, por apabullante que fuese, es olvidable y que un chico así, tan joven –Guillaume tenía 23 años–, era un capricho, una liviandad, un juego, algo de lo que alardear, el bello tenebroso parisino, Rimbaud en Barbès, mi niño muerte con las venas recorridas por las marcas de la aguja y los brazos marcados por las cicatrices de heridas autoinfligidas, marcas pálidas y prolijas, horizontales, recientes.

Cuando salí de la ducha y me asomé a la ventana, Guillaume ya no estaba en el patio –la *cour*– y tampoco estaba su bolso sobre el colchón. Me alegré. Mi amiga me acompañó hasta el Metro para ir al aeropuerto: lo busqué en cada cuadra, el pelo rubio, el traje negro. No me esperaba en la estación, tampoco, aunque la noche anterior me lo había prometido, antes de enojarse cuando le dije que no, que me dejara sola, que había sido lindo. Lindo, repitió. *Très jolie*. No se lo mencioné



a mi amiga. No hablé de Guillaume con nadie, ni siquiera para quitarle el aire de tragedia. Me desperté con náuseas todas las mañanas que pasé en Barcelona, última parada de ese viaje. La amiga que me alojaba me preguntaba, desde el otro lado de la puerta del baño, si estaba bien y yo decía que sí, algo que había comido, demasiados aviones, restos de ansiedad. No eran restos: era un hierro ansioso atrapado en la tráquea y el recuerdo de las piernas de Guillaume, extrañamente peludas para alguien tan rubio, piernas de fauno, de demonio. Me miraba al espejo después de vomitar flema cada mañana y tomaba tranquilizantes en ayunas.

No le escribía, sin embargo. Veía el papel metalizado en la billetera y lo dejaba pasar. Iba al locutorio y mandaba mensajes a todos los que no me importaban, jefe, amigos, exmarido. Llamaba a mis padres con una tarjeta, ¿recuerdan el método? Se raspaba una cobertura como de suave plomo gris que tapaba el número-código: debía ser ingresado antes de la llamada. Guillaume ocurrió en ese mundo, antes de gmail, antes de los smartphones, cuando todavía sonaba el teléfono y no había redes sociales y no se vivía online, cuando no se viajaba con la computadora salvo necesidad y los buscadores no

arrojaban ni curriculums ni fotos ni prontuarios. Tengo solo tres fotos de él, tomadas con cámara analógica.

Dos son en una fiesta. No me explico ese mundo donde todavía era posible perderse y donde también podía ser imposible volver a encontrarse.

Le escribí a Guillaume el mismo día que volví a Buenos Aires, agotada, con la valija sin desarmar en el medio del living. Me quedé esperando la respuesta, lo imaginaba en algún locutorio nocturno de la Rue des Poissonniers sonriendo ante mi mensaje. *Refresh*. La boca se me llenó de sangre cuando vi, en efecto, la respuesta. Demasiado rápido. Tiene la casilla llena el drogadicto, pensé. A lo mejor no entendió mi mensaje, mi triple lengua, hablábamos un poco francés, un poco inglés, un poco español.

El mensaje decía que la dirección no existía, que el error era permanente y que no lo intentara de vuelta.

Tardé en comprender. ¿Guillaume había anotado mal su dirección? ¿Era un error de hotmail? ¿Acaso yo había transcripto de manera equivocada? Copié y reenvié el mensaje. El mismo resultado. A veces pasa cuando la casilla está llena, me mentí. Dormí catorce horas con pastillas, me desperté en un pozo de sudor, vomité en el



lavatorio y le escribí de vuelta con el café enfriándose al lado del teclado. El mismo resultado. Error permanente: no pudimos encontrar la dirección en este server.

Recuerdo la desesperación vertiginosa que sentí, tan parecida al pánico. Recuerdo ese momento y me asombro ante las discusiones sobre el amor romántico y si duele no es amor. ¿Cómo se evita la adrenalina frente a un terremoto? ¿Cómo se controla el pánico ante un incendio doméstico? ¿Cómo se controla la taquicardia ante un análisis que anuncia cáncer o embarazo? ¿Quién quiere vivir con tanta anestesia?

Llamé a mi amiga a París. Le conté lo que pasaba. Me rebota el mail. Fingí cierta calma aunque creo que ella intuyó mi desolación. Dijo: cuando lo vea, se la vuelvo a pedir. *Ese chico está siempre del orto*. Después me contó sobre su nuevo trabajo en una galería de Le Marais. Yo seguí mandando mensajes a la dirección de guillaumejolie todos los días. *Jolie*. Bello, bonito. *Très jolie*, se había reído él amargamente la última noche en esa discusión interminable de llantos y sexo. Me había engañado, el *Jolie* era una venganza. ¿Por qué? Yo no le pedí su dirección, yo no reclamé un contacto. ¿Había maldad en su cuerpo siempre afiebrado? Yo le acariciaba

las cicatrices con la punta de los dedos. Siempre estaba temblando. *Un hombre que quiere mutilarse está bien condenado*, pensaba. Vamos a Charleville, le dije un día. Odio Francia, me contestó. Quería irse a Mali de donde habían migrado los músicos con los que tocaba.

**«Tengo solo tres fotos de él,
tomadas con cámara analógica.
Dos son en una fiesta. No me explico
ese mundo donde todavía era posible
perderse y donde también podía ser
imposible volver a encontrarse.»**

Mi amiga, después de varias insoportables semanas, me escribió para contarme chismes y novedades; en apenas un renglón mencionó que no había vuelto a ver a Guillaume y que él tampoco había regresado a la rue Myrha. Sus amigos estaban acostumbrados a estas desapariciones. A veces se volvía a la casa de su familia, en el campo.

Guillaume nunca volvió al edificio donde vivía mi amiga. Ella se mudó a una comuna del norte de París. Dejó de ver a sus vecinos: los chilenos se volvieron a Chile, los normandos que eran amigos de Guillaume se volvieron a Ruan y ella no investigó más porque yo no le insistí demasiado y después de todo fue una semana y nuestras vidas siguieron y nunca más supe de él. No sé si está vivo o muerto, no sé nada de los normandos, no volví a encontrar la banda con la que tocaba, una búsqueda de Guillaume Jolie arroja cualquier cantidad de resultados inútiles e imprecisos pero sobre todo ¡demasiados!, no sé si ese es su apellido, mi amiga se olvidó de mi intenso romance y además ya no importa. Es posible que él no me recuerde. Sé que no tiré el papel metálico con su letra temblorosa pero no sé donde está: perdido en la casa.

No me atreví a tirarlo porque nunca tendré otro chico como Guillaume. Inyectándose en el baño con la puerta entreabierta para ser observado, como un póster maldito. El pelo color arena sobre la almohada y esa tristeza cuando me contaba lo poco que sé de su familia: el padre, esquizofrénico, encerrado en una habitación porque la madre le negaba el tratamiento psiquiátrico. Un pueblo chico. Las clases de música de una exigencia inaudita. Su decepción cuando le dije que odiaba el jazz. Odiar no, suavicé para amortiguar el impacto. No lo entiendo, no me gusta. Te lo voy a explicar, me decía, y yo no, que no hacía falta, en una semana sigo mi viaje y él suspiraba y con su mano enorme y delgada tomaba la mía y la apoyaba sobre su pecho flaco y me dejaba mirarlo. Nunca tendré otro chico así, esa juventud débil, agonizante, el cachorro que no quiere ni puede vivir pero escapó de la madre que debía comérselo y ahora es un suicida que camina, *un maestro en fantasmagorías*. Yo sé que no es sano, me dijo una noche después de tomar vino del pico de la botella, pero si te quedaras a lo mejor tendría ganas de vivir. Hablaba así, sin pudor, sin miedo, en la intimidad de la noche tóxica. Nunca me burlé de su intensidad. Yo todavía no era cínica. Ya

no me fascina estar cerca de alguien que quiere morir, quiero ser vieja, ya no me gustan *esos inválidos feroces*, me imagino doméstica, ya no creo que lo mejor sea *dormir bien borracho sobre la arena*.

A lo mejor él cambió también. O a lo mejor está muerto, tal como lo deseaba. Nunca estuve desnuda con alguien tan hermoso, el vientre hundido, las caderas sobresalientes, la espalda sin un solo lunar, lisa y suave como la piel de un recién nacido, los ojos que brillaban en la oscuridad, el cuello delicioso con sus pequeños aros de mugre.

«Nunca estuve desnuda con alguien tan hermoso, el vientre hundido, las caderas sobresalientes, la espalda sin un solo lunar, lisa y suave como la piel de un recién nacido, los ojos que brillaban en la oscuridad, el cuello delicioso con sus pequeños aros de mugre.»

Olvidé decir cómo lo conocí. Fue en el pequeño departamento del Normando 1. Se improvisó una fiesta porque había música y alcohol. Guillaume me besó después de que le pedí la botella de whisky. Empezamos una conversación que duró siete días. En esa fiesta él bailó desnudo a pedido de un vecino gay que lo coronó el hombre más lindo de la ciudad. Después se puso los pantalones y me llevó hasta un rincón y me apoyó contra la pared, yo me saqué la pollera, abrí las piernas y tuvimos sexo ahí, delante de todo el mundo, no sé si alguien se dio cuenta, había gritos y creo que bailaban flamenco, me dio ternura y tristeza que antes de penetrarme se mojara los dedos con saliva y me pidiese ayuda para el preservativo, manual del sexo en los años de la plaga. Le vi las marcas de la aguja en el brazo cuando se sacó el pelo rubio de la boca para besarme; apreciemos sin vértigo la extensión de mi inocencia.

Coda

Ya escribí sobre Guillaume alguna vez. Lo que escribí aquella vez es mentira: imaginé un reencuentro que nunca ocurrió. No me gusta la autoficción ni la autorreferencia ni la literatura del yo.

Lo que sea que fue y es Guillaume para mí no está en esto escrito acá arriba. No está el fin de la juventud, el duelo de seguir con (mi) vida, el claro rojo de un bosque perdido, lo que me dijo después de secar su instrumento con una toalla diminuta en un bar cerca de Chateau Rouge, cómo me hizo llorar y su forma de pedir perdón, el olor de sus axilas que a veces todavía busco en los colectivos llenos de gente porque me excita, la foto dormido, los labios entreabiertos, las ojeras como moretones, la foto que solo vi yo y que él no verá nunca. ●

2. crisis



JAMÁS ESCRIBAS SOBRE MÍ

carlos manuel álvarez

Imágenes de **ana cayuela**

Hace varios meses le dije a Carla que quería entrevistarla y escribir

todas las cosas jodidas que ella tuviera que decir de mí. Era un ultimátum. Me dijo que no, que básicamente no la iba a utilizar para esa mierda ni iba a convertir nuestra relación en un experimento. Supe de inmediato que podíamos salvarnos.

Estábamos en medio de una discusión fuerte, aunque no se trataba, como otras veces, de una discusión donde yo hubiera reventado un adorno de porcelana contra la pared o ella me estuviera gritando, histérica, yendo detrás de mí por toda la casa, sino una pelea que nos asustaba más a ambos porque la estábamos llevando a cabo con silencio, medida y determinación.

Quería engañarla de algún modo, pero tenía razón. La escritura no salva, la escritura no dignifica. La escritura desacraliza y ningunea y te vuelve su instrumento. La gente cree que escribir sobre ellos les confiere una suerte de importancia, pero el único valor de las cosas viene con el silencio, con cuántas capas de silencio se rodea un hecho.

Pensé que mi noviazgo ya expiraba y, puesto a elegir,

creí que podía hacerle una autopsia al cadáver de nuestro amor, el cuerpo magnífico de una relación de más de siete años entre dos personas que comienzan a los veinte y que juntas se mudan de país.

Me faltaban apenas un par de horas para tomar un vuelo a Ámsterdam. Vivíamos en Ciudad de México desde hacía dos años. Habíamos acumulado a lo largo del tiempo muy distintos motivos por los que pelearnos y entendíamos esa lógica feroz como una consecuencia de la entrega inevitable al doble culto del amor y la juventud.

Ahora pasábamos muy poco tiempo juntos. Yo le decía a Carla que quería morirme a su lado, pero era incapaz de permanecer más de tres semanas en casa. Ya siempre había una charla, un evento, la presentación de algo.

Teníamos planeado un viaje a Nueva York, y cuando todo estaba más o menos preparado le dije que quería irme solo. Eso la mató. Era verano, Carla cumplía 27, la edad que tenía su madre cuando murió en un accidente. Carla empezaba a convertirse en una persona ya para siempre más vieja que su madre, habitando en el mundo tanta cantidad de tiempo como su madre nunca llegó a habitar.

Estaba en la cúspide de sus posibilidades. Como toda persona genuinamente hermosa, era dúctil y cambiante. No era bella de una sola manera. Eso era algo que podía lograr no solo si comparábamos, digamos, la mujer que era a sus 22 con la mujer que era a sus 25, una virtud al alcance de un rango más amplio de personas, sino si comparábamos la mujer que era a las dos de la tarde con la mujer que era a las nueve de la noche.

Cuando yo creía que todas las novias que ella era ya habían llegado a su límite, Carla se las arreglaba para componer una cara nueva. El rostro de sus 27 años tenía una luz inédita. Había una distribución exacta de los rasgos en alguien profundamente anticartesiano.

«Ahora pasábamos muy poco tiempo juntos. Yo le decía a Carla que quería morirme a su lado, pero era incapaz de permanecer más de tres semanas en casa.»

Algo en su composición, que no sé qué es, no se podía mover de sitio. Todo parecía sujeto a un estrecho equilibrio, a punto de deshacerse, pero esa misma fragilidad, las líneas y las curvas faciales que le dibujaban los ojos, la nariz, la boca, conformaban un gesto grave y peligroso, como una mujer que sabe y decide guardar silencio. Luego su pelo, desparramado y violento, entre castaño y rubio y negro; una silueta salvaje.

Se cumplía también un año justo desde que su amiga más cercana de la infancia se suicidara. La amiga había dejado a su novia en Cuba, se había ido a Italia con un viejo asqueroso, se había fugado luego a España, había llevado el diario de sus confusiones y penas, se había metido luego quién sabe qué cantidad de cocaína y había vuelto a su barrio en las afueras de La Habana para colgarse del closet de su cuarto una tarde de calor bochornoso con la correa áspera de un maletín.

Yo en Nueva York, el fantasma de la amiga en casa. Carla voló luego a Miami y nos reencontramos allí. Pensé simplemente que podía pasarle la mano y que nos íbamos a arreglar. No fue así, por supuesto. Había muchas cosas que empezaban a florecer en ella y que yo no era capaz de detectar. Un jardín negro se levantaba



sobre el césped mullido de su conciencia, que se había vuelto fértil para el miedo. Echabas ahí cualquier semilla con cualquier mínima duda y se volvía un árbol poderoso y temible.

Carla temía suicidarse. No que quisiese suicidarse, creo, sino que temía suicidarse aun sin tener deseos de hacerlo. Y temía dañar a los demás, es decir, se preguntaba si ella era, genuinamente, una buena persona. No una buena persona de modo formal, buena dentro de las convenciones egoístas de la lógica individual, sino realmente comprensiva o desprendida o capaz de sostener un permanente estado de entrega hacia el resto o qué sé yo.

Nunca he logrado entender del todo de qué va el asunto, pero sí me atrevo a asegurar que tiene que ver con las preguntas más sencillas y los asuntos más modestos posibles, con las únicas cuestiones que importan.

Nos quedábamos en un apartamento de Miami Beach y yo no le prestaba atención a ninguno de aquellos devaneos, ni siquiera sabía en ese entonces que tales preguntas estaban empezando a formularse. Me iba a jugar básquet con mis amigos y recuerdo que a veces en las tardes me ponía a leer cuentos de Alice Munro

sentado solo en el balcón.

No era tampoco una cuestión que Carla llevara a palabras. Al contrario, cada vez hablaba menos. Se paseaba como una sombra por el apartamento, hasta que dejó de levantarse de la cama. Para mí estaba perfecto. No había discusión ni había reclamos. Una vez se hizo comida, a mí me dejó sin nada y la insulté, pero no contestó. No tenía fuerzas para decirme que mi hambre no era lo principal.

Yo pensé que estábamos en una disputa en igualdad de condiciones, cada cual con razones equivalentes para molestarse con el otro y con argumentos del mismo peso. Dependiendo de cómo manejáramos esas armas en una nueva discusión, sabríamos quién iba a tener que disculparse y quién no. Así funcionaban las cosas desde el principio.

Pero esa nueva discusión nunca llegó. Me fui a Chile y quince días después, cuando nos volvimos a encontrar en La Habana, Carla era una mujer que había perdido entre quince y veinte libras de peso. Tenía una belleza cadavérica, una pálida elegancia, cierta plenitud fantasmal.

La acompañé un día a una consulta con un psiquiatra

en el hospital Calixto García. Esperé afuera, rodeado de esquizofrénicos, aburrido hasta el hueso. Cierta expresión de la locura me parece el comportamiento más cuerdo y predecible.

Muchas otras fracturas siguieron entre Carla y yo en los meses siguientes. Su padre se enfermó, ella se quedó en Cuba para atenderlo, y yo nunca llamé ni parecí preocuparme. Viví solo el temblor del 19 de septiembre en la Ciudad de México. Me fui a Colombia cuando Carla volvió a nuestra casa.

Después de tantas vueltas sentí que por primera vez, sin aspavientos, Carla estaba a punto de pasar de mí, y de todo ese fardo sobredimensionado que venía conmigo: el tema de la escritura propiamente dicha, el tema de los libros (no importa que estuvieran dedicados a ella y que en las dedicatorias dijera que la amaba), el tema de las presentaciones de esos libros, el tema de las entrevistas por cualquier cosa, el tema de la representación social del escritor. Yo me quejaba, pero no renunciaba. Ahora estaba a punto de irme a Ámsterdam.

Preguntarle si podía entrevistarla fue mi modo de saber si quería o no terminar. Si aceptábamos escribirnos, estábamos renunciando de una vez, puesto que no

se puede escribir de verdad sobre una relación viva, a menos que estés dispuesto a matarla.

No es una experiencia que desconozca. El grueso de mis enemistades y rupturas se debe a cosas que escribí de un modo, cuando la gente esperaba que las escribiera de otro o que simplemente no escribiera nada. La ruptura con el país, con ciertos amigos, con ciertos mentores, con los padres, con el pleno familiar.

Estuvo la ruptura de decir dictadura cuando querían que mintiera diciendo revolución, por ejemplo, pero esa ruptura es política. Íntima, sí. En Cuba, ciertamente, muy íntima, personal, intransferible, pero que no puede desligarse del plano cívico.

Ha habido, sin embargo, otros asuntos que he estado dispuesto a escribir y a decir, y cuya razón verdadera para ello solo puede achacársele al egoísmo devorador de alguien capaz de escribir y de decir cualquier cosa que, bajo el parámetro ciego de la ambición, deba ser dicha y escrita.

Entonces hay que saber esto. Cuando la línea de la ambición o del coraje sobrepasa a la línea del respeto o del pudor o de la devoción, ese hecho está a punto de ser contado. El hecho, en verdad, si tiene cierto peso, pues

demanda nuestra atención, de algún modo refulge o apesta, pero al mismo tiempo ha dejado de ser sagrado.

Es un hecho que no se llena ya a sí mismo en su expresión concreta y va a completar o a adquirir todo su sentido en las palabras, un hecho sensible de alteraciones, cambios, recortes; entregado al equívoco y a la mala interpretación, al baile prosaico del lenguaje, a que lo soben y lo palpen y muera en el contacto físico como muere el pez que un niño ha sacado de la pecera para acariciar.

De los últimos meses entre Carla y yo, por tanto, no puedo decir mucho. Vamos resistiendo, eso sí. No hay nada dado, nada concluyente. El último 14 de febrero, Día de los Enamorados, yo le regalé unos versos de Ángel Escobar, que es un poeta negro suicida. Los versos dicen que ella no está sola, que yo estoy ahí con ella, que de algo le servirán su desdén o su amor.

Una profecía dice que antes de fin de año nos vamos a casar. ●

3. máscaras



PERFECTA

sonia budassi

Esta noche fue perfecta, dice. ¿Por qué?, le pregunto.

Por todo, por vos: tu vestido azul, esos zapatos, el perfume. El pelo, tu pelo rubio largo: ese peinado, la hebilla. Y tu relato: esa escritora loca sobre la cual escribiste: sos tan inteligente. Qué forma de resolverlo.

Nos miramos en un bodegón pequeño: madera, suave olor a cordero en vino; barrio histórico de la ciudad. Hasta hoy, fuimos a un *roof bar*, tomamos tragos en un hotel cinco estrellas y compartimos una cena en un restó exclusivo y tradicional. Además, un picnic frente al río, la luna llena iluminaba suficiente. Ahora extiende su mano, toma la mía: encajan perfecto. Él toca el piano; cumple con el mandato de los dedos largos; puede abarcar por completo las mías. Me late fuerte el corazón. El vestido de buen diseñador es de mis preferidos; falda tubo, escote en triángulo, flores en naranja y verde opaco; me halaga que lo haya percibido. Me peiné bajo la calurosa luz blanca del baño de la empresa; retoqué maquillaje y pelo antes de ir a su encuentro; me cambié los zapatos, dejé los cómodos en un cajón del escritorio. En el bar recapitulo: le había contado un problema

laboral. No solo lo recuerda, también me alienta. Olié mi perfume. Siento, soy perfecta aunque no me atrevo a preguntarle qué es la perfección para él; me pongo pretenciosa y no me doy cuenta; creo todo. Invento la perfección para él en este acto: soy una princesa rusa, aunque él sea de izquierda y, seguro, esa imagen monárquica no le gustaría.

Se sabe: los mundiales son una ficción. Los viajes gozan de una estructura similar. Las relaciones también, en especial al comienzo. Con el tiempo, pueden cambiar sus estructuras, los géneros, ritmos y puntos de giro; todo se hibrida. Coleridge, el poeta, decía que ante la ficción adoptamos la actitud de “suspensión de la incredulidad”; dejar de lado, un rato, el sentido crítico; ignoramos las incoherencias con respecto al mundo real. Al principio de un vínculo, ese mecanismo puede ser peligroso.

Él es profesor de un tema sobre el cual no sé demasiado pero me interesa mucho. Solía decirle, cuando nuestros intercambios epistolares se volvieron más intensos: “cuidado con el peligro de la metonimia”. O sea: me atrae

tu tema, y es un riesgo que por eso me gustes vos.

Pero jamás ningún recaudo es suficiente.

Pienso propio un pasado basado en hechos reales: los ancestros sirven, en definitiva y al contrario de lo que suele vaticinarse, no como punto de encuentro sino como evasión: descubrir tiempo y circunstancias desconocidos, inventar un mito de origen que nos haga especiales. Conocí a C. porque enseña sobre el arte de un país muy cercano a uno de mis países ancestrales. Esa tierra se representa, según denuncia en nuestras charlas, en sus *papers*, en sus conferencias, como brutal, cruel, intensa. Y él detesta aquellos lugares comunes. Mis ex veían fotos mías y de mis hermanos y primos trabajando en un campo seco y ventoso del sur de la provincia de Buenos Aires y retomaban esos clichés sin preocupación, pero no se lo cuento. Decían: los rusos de Siberia en Argentina; la rigidez impiadosa de tu madre rusa; la natural compulsión al sacrificio. La imagen de una niñez a la intemperie; la ropa pobretona, alpargatas bigotudas, pantalones parchados en las rodillas, los pelos rubios

resecos al viento, las arrugas precoces por esa hostilidad climática, los animales recién muertos, cazados para comer. Con mis hermanos vinculábamos ese salvajismo –y no nuestra parte más urbana– a Rusia; casi todos los clichés odiados por C., tan sofisticado. Yo aprendía con él.

El había empezado a asistir –como “por casualidad”– a presentaciones mías.

Fue comprando cada uno de mis libros. A leer cada cosa publicada y hacerme devoluciones con humor e inteligencia.

Cuando empezamos a vernos, sus halagos se completaban con diversas muestras de cariño. Por ejemplo, sanadores masajes en mis siempre dolidos pies.

Lo que se da por supuesto sale a la luz, se vuelve evidente tarde o temprano. Cuando ya nos veíamos, agregaba regalos a cada encuentro. Me pregunto si repetiría el sistema con distintas personas. Imagino un



depósito suyo repleto de cuadernos con la reproducción en tapa de *Crimen y castigo* primera edición, idioma original, que me obnubiló y aún uso; cajas de los adorables chocolates rusos: me gustan por su envoltorio de ilustración idéntica al rostro de mi tía Sofía y de mi propia madre; ejércitos de tiernos muñecos Cheburashka, dibujo animado soviético que canta y habla si presionás su manita peluda; mezcla de oso con laucha de ojos enormes. Lo saludo cada mañana.

Tuve obsequios más personales: un día le conté apesadumbrada la pérdida de *Cuadernos de notas* de Chéjov y me lo regaló a la semana siguiente; golosinas de infancia mencionadas en algún cuento mío; pulseras preciosas. ¿Querría su obsesión mantenerme en un estado de sorpresa permanente?

Sentí todo tan perfecto un minuto antes de que dijera, sentado en mi living, al mirar algunos pocos pelos de mi negro gato sobre el sillón blanco: “No me gustan los animales. Son poco higiénicos”. Si Felix se le acercaba amistoso, él lo echaba.

C. era de preguntar si tal o cual cosa me gustaba (los

regalos que me hacía, formar una familia, determinada comida, un texto; si las camisas, las remeras o las chombas). Y me enfrentaba, a veces, a una ficción algo metatextual: llena de devoluciones sobre lo que sentíamos. Yo no reparaba en la afectación de todo. La obsesión halagadora empezó a mezclarse con interrogatorios. Su pericia para elegir restaurantes o bares me fascinaba. Si yo me figuraba princesa rusa, él creaba el encanto de los escenarios. Algo extraordinario, como estar de viaje. Yo, modelo imperfecta ilusionada con encajar, un vestido para cada ocasión; joyas heredadas cuya belleza él describía como una forma de homenajearme. Porque C. elegía cada detalle para enamorarse de mí, y para que yo me enamorara de su amor por mí.

Yo venía de una relación donde primaba el silencio autorreferencial: nunca podía saber qué sentía o pensaba sobre él y yo.

Entonces, las devoluciones de C. sobre distintos aspectos de nuestra vida, no solo las literarias, que las había, resultaban excitantes. Pero después, ante otras cosas, eso desaparecía en un silencio que relaciono a cierto tipo de locura que, desde luego, ha de habitar en

mí también.

Tengo una tara: escuchar el sonido de una llamada me petrifica.

Me hizo saber, no le gustaba esa actitud. Me corregí.

Luego de una devolución a un texto suyo, él pomposo y lúdico, me agradece e invita a cenar en “compensación”.

Al acercarse la hora, no se comunicó. Le pregunté: alegó dolor de espalda. Suspendió para el día siguiente. Desilusión, pero entiendo. Ese viernes voy a la fiesta de cumpleaños de una amiga. Algunas imágenes circulan en las redes. Recibo un mensaje suyo a la madrugada. Es mejor no contestar a esas horas.

Al día siguiente, fue él quien no atendió mis llamados ni respondió mis correos ni mis chats hasta las 20.

Entre otras cosas dice haberse dado cuenta de que su dolor de espalda permanece por mi culpa. Porque surge de la incomodidad provocada por mí: “te fuiste a una fiesta sin avisar, no me atendés el teléfono. Te mandé un mensaje a las 2 am y lo respondiste a las 10 de la mañana”. No quiso verme.

C. empezó a editar mi vida. A veces, no solo eran opiniones. Eran correcciones. O quejas, cartas del lector. Él había viajado a ver a su familia: en un mensaje – cuenta– su auto se rompió. Imaginé un punto del mapa en la provincia de Santa Fe.

–¿Estás en Santa Fe?

–Te dije mil veces que vine a Rosario, no a Santa Fe.

–Me refería a la provincia...

–No es lo mismo, los rosarinos no se sienten parte de Santa Fe...

–¿Tan grave es?

–Sí. No me escuchás.

Ofensa total, silencio posterior.

La gestión del criterio es una tarea ardua. Y a veces C. no solo me editaba la vida y disponía de cada parte en una determinada sección, sino que me reseñaba como yo a los libros. Análisis, interpretación y juicio de valor desde la cúpula de la torre de marfil.

Afecto al Colón y a los conciertos de música clásica y atonal disfrutaba de una banda pop de la cual también soy fan.

Conseguí entradas.

En el boliche casi no me miró. Música tan pegadiza y él no se movía. A pesar de mi alegría, me superó su indiferencia y me sumé a una ronda de baile de unas chicas.

Ante su seriedad pregunté si pasaba algo: dijo que no. “Estoy concentrado en el escenario”.

Días después, antes de que me durmiera escuché:
–No me gustó cómo bailabas, me pareció un poco sobreactuado... y te pusiste en un grupo... no sé qué onda.

Mientras trabajo recibo un mensaje. Me alegra: una reproducción de una pintura. “Tomalo a cuenta de tus clases particulares. Una obra maestra del genial Surikov. La vieja Rusia (representada por los Streltsy) se enfrenta a la nueva Rusia (representada por Pedro el Grande, ¿lo encontraste?). El caos vs. el orden. Las barbas vs. los

rostros afeitados. Las blusas campesinas vs. la moda europea. El llanto y la angustia vs. la soberbia. ¿Para qué lado del drama se inclina la composición de la pintura?”. Debía resolver pendientes laborales urgentes; decido responder al volver a casa; pensar, disfrutarlo.

Pero a las dos horas, aún en el trabajo, recibo otro mensaje: “Bueno, tal vez la historia del arte no sea lo que más te interese”.

La primera vez que desperté en su casa dijo: “vos, hermosa, dormí todo lo que quieras”. Al rato vi su meticulosa obra, construcción simétrica. Sobre la mesa manteles de broderie blaquísimo, cucharas de plata. “Para vos, esta de Moscú”, dijo. Perfume a café, tazas de porcelana antiguas, jugo de naranja recién exprimido, dos pequeños recipientes, ananá en uno, manzana en otro (es tan dulce el olor del ananá, y coincide con el sabor) y un tenedor de dos dientes para pincharlos. Pan tostado; integral y trigo. Quesos: dos variedades, brie y cremoso. Jamón natural. Mermelada de frutillas. Manteca y queso filadelfia. Qué mesa más preciosa.

Cuando quise ayudarlo a juntar, no me dejó: "vos no te preocupes por nada".

Aquel día también me regaló unas medias graciosas de Evita, personaje cuya imagen él habría visto en mi casa, en postales, cajas de fósforos e imanes.

«Él hizo un silencio. ¿Qué error había cometido para que se pusiera así? ¿O solo era mi paranoia? ¿Mi estúpida vanidad pedía que dijera cosas amables todo el tiempo y que se mostrara contento, animado y no tan lúgubre sin explicación?»

"Nunca nos vemos de día", empezó a recriminar. "¡Es que de día trabajo!", repetía yo sin comprender cuál era el problema. Una mañana, después de haber estado juntos, me preguntó si imaginaba que nos llevaríamos tan bien en la cama. Le dije la verdad: no. Me invitó a desayunar a un bar. "¿Conocés alguno con medialunas realmente buenas?". Sentí la obligación de ir: darle el gusto, "salir de día". Quizá, así, él dejase un poco atrás ese malhumor y pudiera disfrutar lo lindo que había entre nosotros.

Durante el desayuno preguntó qué haría esa noche. Le dije que, tal vez, viera a mi primo. Él hizo un silencio. ¿Qué error había cometido para que se pusiera así? ¿O solo era mi paranoia?

¿Mi estúpida vanidad pedía que dijera cosas amables todo el tiempo y que se mostrara contento, animado y no tan lúgubre sin explicación?

Esa tarde dormí la siesta hasta que me despertó el teléfono. Su nombre en la pantalla. A pesar de mis ganas de seguir descansando, atendí: la ilusión de evitar recriminaciones.

–Hola. Estaba durmiendo.

–¿Tu primo se llama...? –dice el nombre y apellido de

uno de mis primos.

–¿Qué? ¿A qué viene esa pregunta?

–A que tu primo se llama... –dice el nombre y apellido de uno de mis primos– y no cumple años hoy.

–¿Qué? No entiendo nada.

–Me mentiste.

–¿Qué pasa ahora?

–Me di cuenta de que estabas nerviosa en el desayuno y no fue difícil rastrear ese dato. Te llevaste al baño el celular.

–Siempre lo hago.

–¿Por qué me mentiste?

Corté.

Fue la última vez que nos vimos.

Aquella noche salí con un chico rubio como yo. No era mi primo. Tampoco soy perfecta. ●

4. **exs**



DÓNDE ESTÁN LOS QUE TU CORAZÓN AMA

álvaro bisama

Imágenes de **christian montenegro**

Los fantasmas aparecen en el momento en que abre el libro.

Está sola, casi no hay nadie en el café. Son las diez de la mañana y afuera hace más frío del que debería hacer: la pileta del parque fue transformada en una pista de hielo donde gira en círculos una veintena de escolares, algunos apoyados en unos pingüinitos de plástico que les ayudan a equilibrarse.

No han venido sus alumnos. Cancelaron la clase cuando ella llegaba, vio el correo electrónico en el celular. Decidió no volver a casa, el lugar estaba vacío y el ambiente estaba cálido. La música, soportable.

Pide un cortado y unas tostadas. Saca el libro del bolso. Antes de entrar, se vio reflejada en el espejo del café: una anciana de pelo rojo, vestida con un abrigo de color violeta, con un bolso que compró en un mercadillo en Marruecos. Siempre fue una extranjera y por eso le gusta verse en esos espejos improvisados. Ama las visiones del azar aunque ya no tiene la energía para seguirlas.

Le gusta que sus alumnos no vengan. Les da clases de idioma hace años. Son simpáticos. Son o fueron o serán pareja. Ella se da cuenta de cómo se miran, de

cómo se entienden. No les pregunta. Ellos no preguntan tampoco. Llegaron a ella por medio de una profesora que era amiga de una amiga y el ritual se sucede semana tras semana, año tras año. Ellos quieren huir, irse de aquí. Ella habla y los otros escriben en sus cuadernos abiertos o sobre fotocopias. Cuando pueden, se sientan al lado de una puerta de vidrio que nunca se abre.

Pero hoy está sola y la mesa donde trabaja con ellos está ocupada. Un hombre resuelve ecuaciones en su computadora. Se sienta en otro lado. Espera el café y saca el libro. No sabe por qué lo trajo. Lo cogió a la rápida, siempre lleva un libro en el bolso. El peso le da seguridad, la conforta, le permite soportar el tedio mientras piensa que no es tedio, que es apenas un instante entre otros instantes.

El libro es la *Anthologie de la poésie française* que hizo Pompidou en 1961. La publicó Hachette. Sus dedos largos pasan por las páginas. Lleva un anillo. Tiene quinientas páginas o más.

Los fantasmas aparecen. Tras los poemas llegan las voces, que la abrazan. Trata de recordar desde cuándo tiene la *Anthologie* pero no puede.

Se topa con Laforgue.



Georges Pompidou



Anthologie
de la Poésie
française

Guy Lagime Apollinaire
Paul Eluard
Phillipe Desportes
Agrippa d'Aubigne
Jean Je Sponde
François Maynard
Theophile de Viau
Vincent Voiture
Pierre Corneille
Jean de la Fontaine
Nicolas Boileau
Jean Baptiste Rousseau
Jacques Dufille
André Chénier
Alphonse de Lamartine
Victor Hugo
Gerard de Nerval
Eugène Gautier
Charles Baudelaire
Amédée Sully Prudhomme
Stéphane Mallarmé
Paul Valéry
Jacques Prévert



Jules Laforgue

mi hija



Alphonse de Lamartine

DES MORI
la maestra; su nombre



Paul Valéry

MI CORDA
marcha en
PASSOS Náples

Mira el retrato que viene en el libro; Laforgue le parece patibulario: una mancha química sobre un muro.

Recuerda a su hija, una noche de primavera, mostrándole el reflejo de la luna en un charco. Vienen del cine, cerca de la plaza de la Bastilla. Solas. Ya están solas. Él ya se ha ido. Han terminado los gritos. El silencio parece devorar la casa. La hija tiene cinco o seis años. La *Anthologie* ya está en la casa y ella recuerda haberle leído un par de versos de Laforgue luego de que llegaran del cine.

La vieja luna con algodón en los oídos.

Piensa que debe llamarla. No sabe de ella hace semanas. No se permite la pena, toma una nota mental para llamarla.

Bebe un sorbo de café. Pasa la página. Viaja hacia atrás. Lamartine.

Alguien le dijo que lo querían en América Latina. Fue probablemente la chica a la que le da clases.

Ella no le dice que se lo sabe de memoria, que aprendió el poema en plena guerra. Una profesora lo recitaba. No recuerda el nombre de la maestra. A qué lugar habrán ido a parar los nombres que uno olvida. Dónde estarán los nombres de todos los profesores que tuvimos y ahora

olvidamos, se pregunta.

No lee el poema.

Para qué.

Pensée des morts, susurra para sí y luego pasea por esa estación de tinieblas que es el texto de Lamartine, ese país hecho con un otoño oscuro. Mira el parque afuera. Todo está verde. Ninguna hoja ha caído aún, la luz del verano resiste.

Où sont ceux que ton cœur aime? La maestra sin nombre lee a Lamartine en clases. Lo dice al aire. La voz delgada, casi chillona. Afuera está la guerra. Gente colgada. Ella cierra los ojos en el café. Los abre y mira a la maestra decir esa frase para dejarla suspendida en el aire como si convocara un espíritu que solo existe en su voz trémula.

Dónde están los que tu corazón ama, dice ella en el café pero nadie le responde salvo los fantasmas, que aparecen en viñetas sin un orden claro. El hombre que la besó en un pórtico después de una obra de teatro. Estuvieron juntos varios meses, pensó que iban a ser felices, luego todo se rompió. El que se fue a vivir a una comuna. El chileno que conoció en una fiesta de exiliados. El muchacho español con el que recogió naranjas y al que

le rompió el corazón (no recuerda haber escuchado a un hombre llorar del mismo modo en que el español lo hacía, tapándose la cara con las manos para evitar que la pena lo derrumbase). El que le sacó una foto en una playa de Normandía. Se recuerda a sí misma, pidiéndole a gritos que deje la habitación, la casa, su vida. En el poema de Lamartine alguien pasea por un cementerio pero el cementerio es el mundo, es la sustancia de la que está hecha el tiempo. Nunca le gustó la versión de Brassens. Le pareció que traicionaba a la profesora, al poema, al frío que recorre las palabras de Lamartine, piensa y luego cambia de página.

**«Nadie le responde salvo los fantasmas.
El hombre que la besó en un pórtico. El
que se fue a vivir a una comuna. El que
conoció en una fiesta de exiliados. El
muchacho con el que recogió naranjas.
El que le sacó una foto en una playa.»**

El último que lee es uno de Paul Valéry que habla de los pasos. Recuerda una habitación en el centro de Nápoles. Unas vacaciones. Han robado un poco de tiempo y han huido. Nada parece alcanzarlos. El hombre la abraza y le pregunta qué piensa. Ella no responde. Antes lo ha escuchado subir una escalera. En la escalera hay un gato amarillo que maúlla cuando la gente pasa a su lado. La casa del gato es la escalera. Desde la ventana que da a una plaza gritan en un italiano que apenas se entiende. Lee el poema de nuevo. La belleza del poema de Valery se vuelve frenética. La delicadeza de la música se quiebra. El fantasma del hombre le susurra los últimos versos. En su memoria cae la noche, se quedan en la habitación, beben vino, escuchan en una radio vieja canciones de amor italianas. Todo cambiará después, saldrán de la habitación, caerá la lluvia, vendrá el futuro. No puede saber de dónde saldrá tanto dolor, se preguntará por qué su corazón era capaz de abrirse a un vacío sin fondo. Ella mira el poema en el libro. Mi corazón marcha en tus pasos, dice Valéry en él.

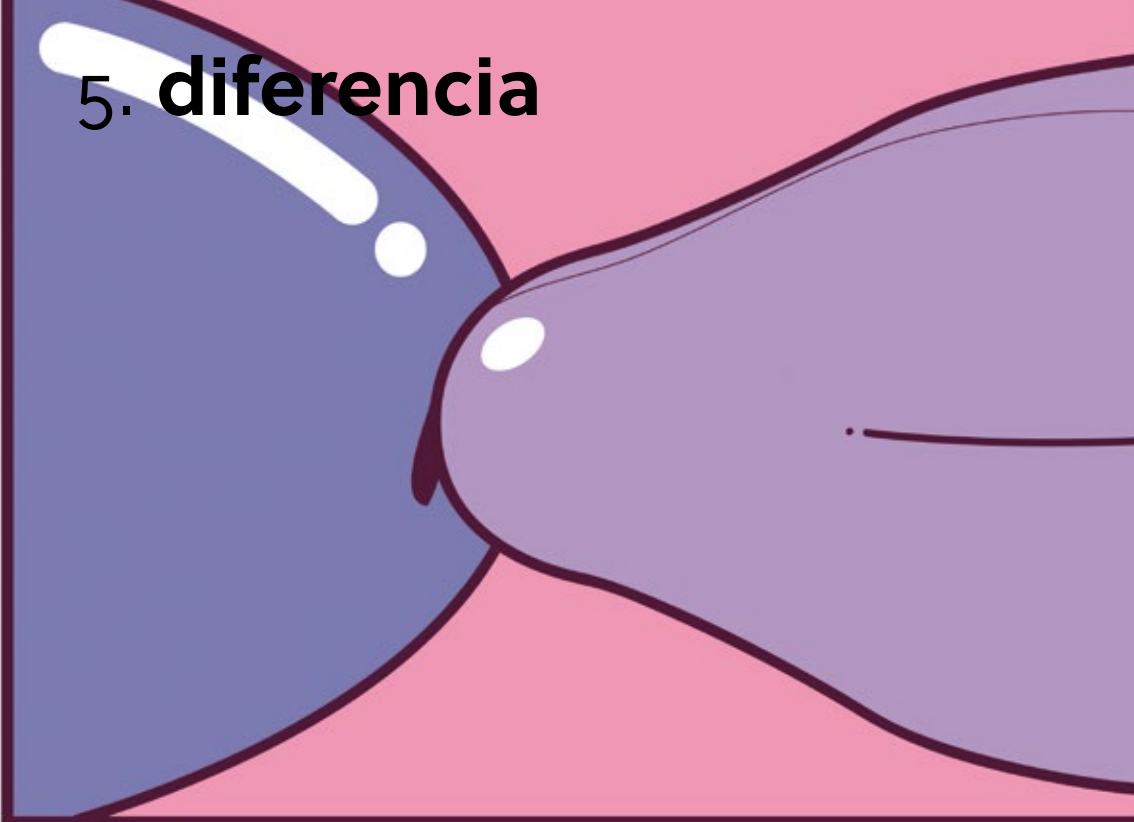
Entonces ella cierra el libro. Se queda quieta. Bebe lo que queda del café, no toca las tostadas. Se despide de los fantasmas. Los fantasmas se despiden, casi todas las

voces se apagan. Sale del café.

En qué piensas, repite él en la habitación de Nápoles.

Mi corazón marcha en tus pasos, dice ella mientras
mira a los niños en la pista de hielo. ●

5. diferencia



ESA ÍNTIMA, EXTRANJERÍA QUE REPELE Y ATA

alejandro modarelli

Todavía en los tardíos ochenta circulaban en la línea Mitre

los vagones de madera ingleses, los Metropolitan Vickers, con puertas que casi nunca se cerraban. Nada más estimulante para el viajero lúbrico que las horas pico, cuando el azar te ubicaba justo ahí en apretada compañía de las protuberancias y los culos más salientes y audaces. Qué peligrosa libertad era recibir el viento en la cara y percibir el ardor en la entrepierna. Con solo estarse paradito, los siempre listos podían hallar goce hasta en la asfixia y bajarse detrás de un posible candidato, hacia los baños de la estación.

De lunes a viernes, antes de las tres de la tarde, es decir cuando no existían amontonamientos, esos vagones traquetones devolvían a sus respectivas casas a dos miembros de lo que suele llamarse “la familia judicial”: dos empleados en corbata de poco más de veinte, uno de ellos marcial y vigoroso (era cinturón negro de karate) y el otro un escritorcito petiso que preparaba su primer libro de cuentos en una imprenta barata. Con anteojos gruesos, le sobraban abdomen, anfetaminas y metáforas con santo y seña

de Borges, *anche* en el archivo mental una suma de obras románticas. El karateca era heterosexual; el otro, ya sabrán, era yo, y es común postular que el menos favorecido se empalma con el espejo-reverso.

Cuando caminábamos en la ciudad formábamos una isla; la conversa, el manoseo histericón, la ausencia de pudor, nos separaba de todo entorno, de todo continente. Como si no alcanzara con solo desearlo, amé a R.M.O. sin ser correspondido. Habíamos tratado el asunto en un diálogo desesperado entre la *prima donna* de zócalo en la que me iba convirtiendo y aquel seductor de putos a la *sans-façon*.

Una tarde de diciembre veníamos discutiendo a causa de una compañera de la oficina con la que él mantenía un enredo menor “de querusa”, porque la chica estaba a punto de casarse. Yo, exaltado de pasión, enloquecido de fármacos para adelgazamiento, le había dado a entender a su futuro marido la infidelidad. Gran escándalo en la Casa (como llamábamos a la sede de trabajo): el tipo se presentó a increpar a la piba dando por cierto –y con razón– el rumor que yo había lanzado. Junto a las puertas del tren, en el momento más dramático de la discusión, y poco antes de llegar a Belgrano,



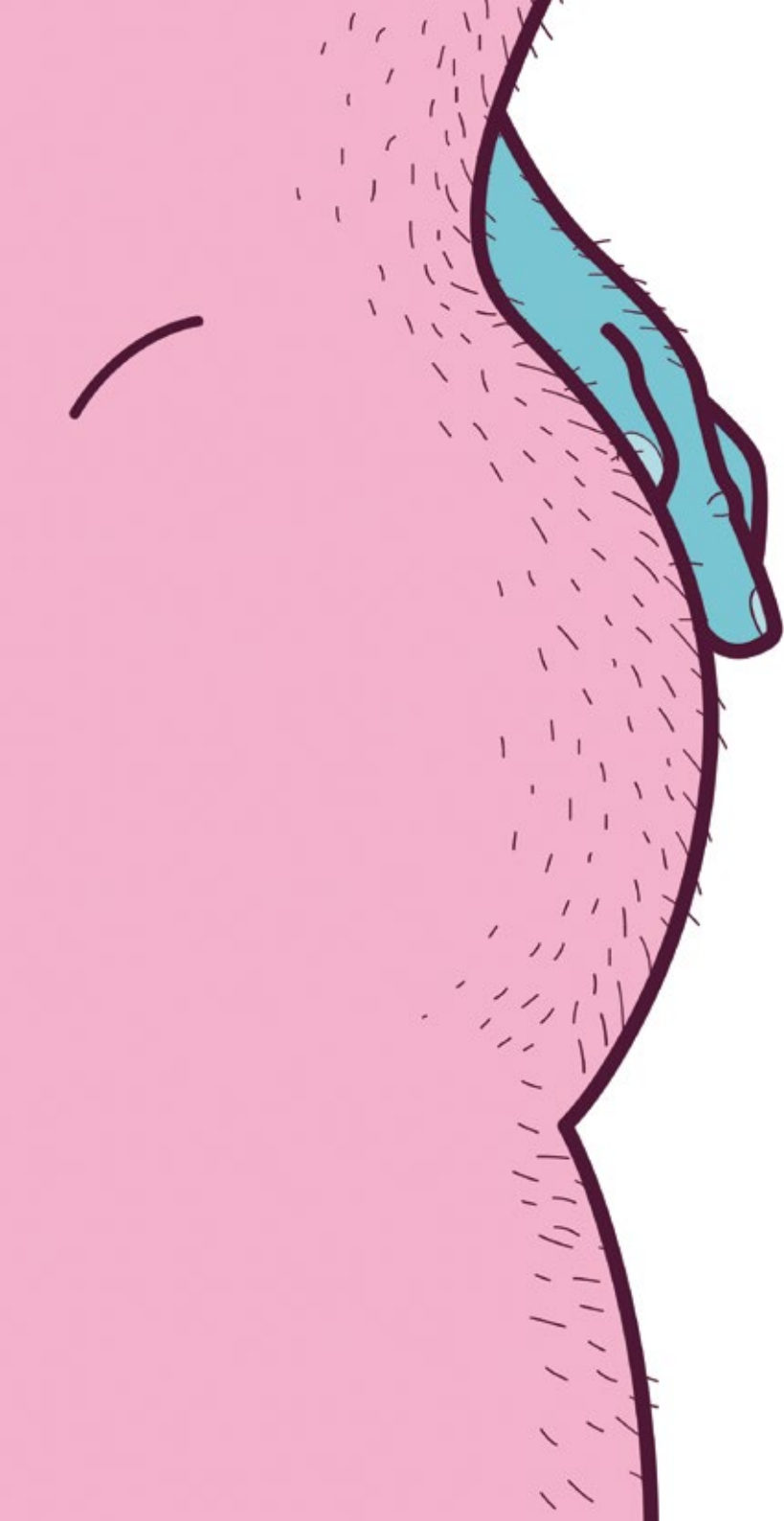
tuve el impulso de empujar a R.M.O. a las vías. Así de inmenso era mi dolor. Si no podía tenerlo por completo, prefería perderlo del todo. Si él no se pringaba de mi locura, no era ya digno de la complicidad erótica. Ese enajenamiento, por más que emerja de la noche de la subjetividad, adquiere en otro lado su formato: en mí, las novelas decimonónicas, el variado cine, cuando no la cursilería. “Amás como un personaje de Stendhal”, me dijo un amigo. Y así era. Al final, cumplí con esa promesa, que le estampé más tarde en la carta de despedida (nunca supe si la leyó). Desde el momento de la separación física juré que su recuerdo ocuparía por entero y para siempre la agenda de mis sentimientos. Por increíble que parezca, cumplí esa promesa. Nunca más padecí el amor, ni uno menor ni uno tan imposible.

«En el momento más dramático de la discusión tuve el impulso de empujar a R.M.O. a las vías. Así de inmenso era mi dolor. Si no podía tenerlo por completo, prefería perderlo del todo.»

Así, y tal como se da en situaciones extremas, se rubricaba una alianza entre las fantasmagorías del inconsciente y las acciones. Empecé a sentirme un extranjero para mí mismo. La manía y la depresión intermitentes hicieron de nuestro vínculo un combate no aconsejable para los sensatos. Hoy, sin embargo, aquel amor es don del pasado en el presente.

Barroco, peligroso, vitalista y fatal. Sigo agradeciendo esos años de misteriosa autenticidad junto a R.M.O. Bello y plano, hipócrita y estúpido, heterosexual, familiar y popular, él fue mi envés. La diferencia radical, ante la que me rendí. María Moreno escribió que la maldad es sexy. Agregaré que, además, es contagiosa. Cuando ya no supe cómo deshacerme del acoso de mi fantasía, pretendí embellecerla con la muerte: soñé con el suicidio y el crimen.

En los años ochenta, un chico gay de clase media, egresado hacía poco de un colegio católico, todavía estaba imbuido de cierta idea metafísica del amor y de la sexualidad. En el juego de las identidades, yo representaba una mujer con carácter que podía cada tanto devenir un muchacho “como él”.



Por lo pronto, me pasaba por la raja su orientación sexual: esa lógica vincular determinaba a otros, jamás a mí. Creía en un programa propio de deseo y amor, desligado del modelo igualitarista de la *Gay Liberation*, que volvía anacrónica la díada esencialista pasivo-activo. Contra esa política distributiva del justo coger, busqué la consumación sexual y sentimental con un perfecto contraste.

Enseguida uno piensa en Reinaldo Arenas: el narrador huye de la represión antihomosexual en los campos de trabajo forzado cubanos a Nueva York, pero el precio que paga es sentirse perdido en la vida gay imperante: “el universo homosexual en esta ciudad es desolado; nadie encuentra lo que busca”. Arenas siente una nostalgia insalvable de los cruces sexuales con padres de familia en la isla. Lo que en Argentina, en el argot homosexual, era el chongo y que yo, sin todavía conocer el término, anhelaba, anhelando a R.M.O.

Leyendo a Arenas, me encuentro a mí mismo en su dolida diferencia. Me corroe una bronca soledad maleva, que es la inadecuación a un mundo en el que no hay lugar para los Modarelli. Soy un plato demasiado fuerte para un paladar corriente. La experiencia ochentista del

amor locura es ese tesoro sin copia que conservo desde la primera juventud, es el lugar exacto al que desciendo cada vez que pienso el presente desolado. El goce sexual se volvió un imperativo que descarta la aventura; sobrecodificados los objetos a través del formato de las aplicaciones virtuales, las citas pactadas casi siempre carecen de verdadero encuentro. En la escenificación 2.0, más que dirigirnos a un otro, permanecemos en nosotros mismos.

«Desde el momento de la separación física juré que su recuerdo ocuparía por entero y para siempre la agenda de mis sentimientos. Por increíble que parezca, cumplí esa promesa. Nunca más padecí el amor, ni uno menor ni uno tan imposible.»

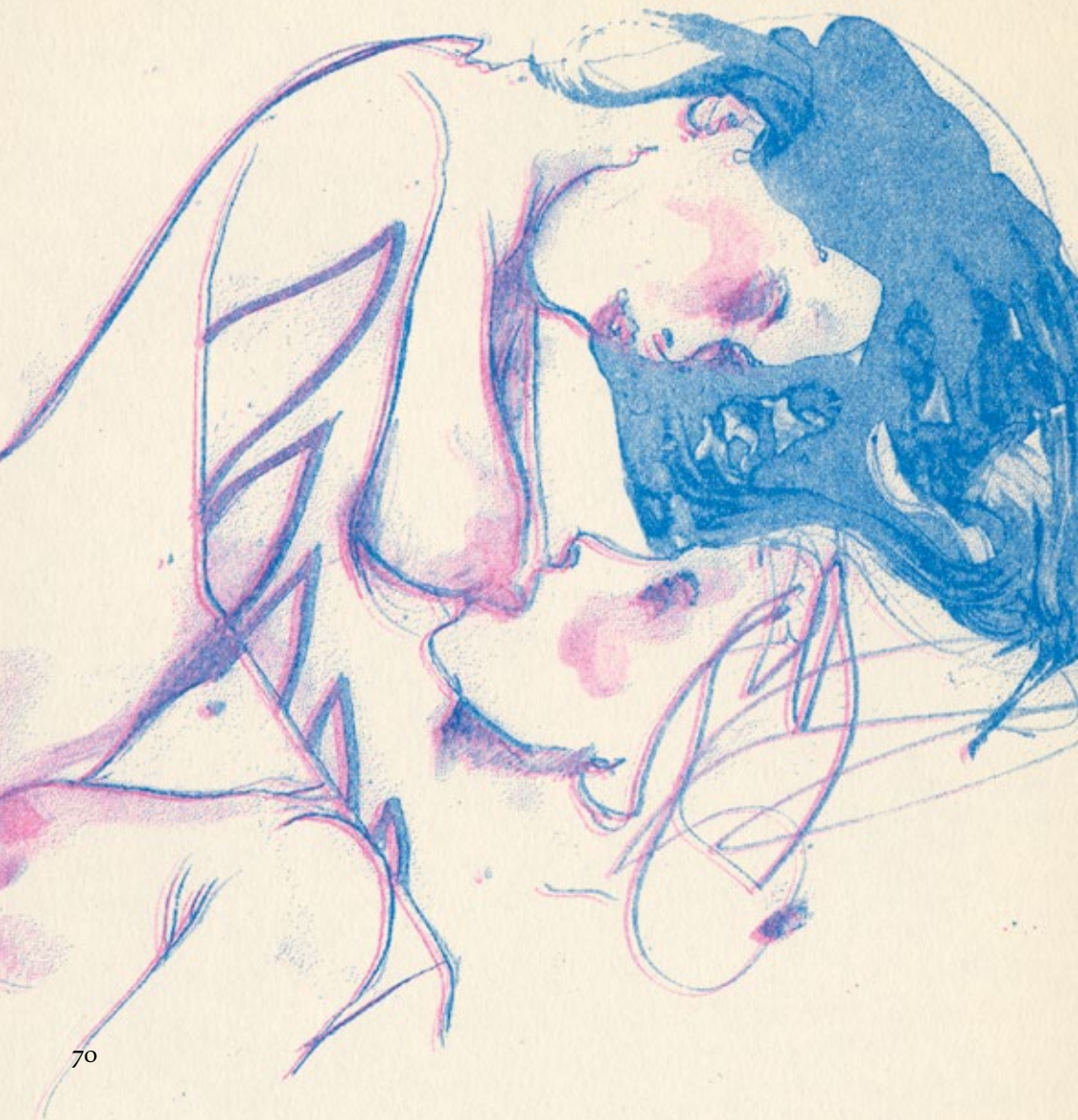
Ni búsqueda del singular opuesto ni gaycidad complementaria: en el universo neoliberal de las afectividades el que primero cede al encanto es el que pierde.

El invierno pasado, después de veinticinco años sin vernos, me crucé en la calle con R.M.O. Hablamos de gente conocida, de la época en que trabajábamos juntos, con tensa prudencia. En la madurez, padre divorciado, sigue produciendo en mí ganas de coger. Pensé en la posibilidad de revertir la derrota del pasado, de ganarle la partida y poseer aquello que se me escapó. Pero las fantasías sobre las que antes había levantado un castillo, ya no existían. No había ahora en él un otro que me enamorara. Apenas intercambiamos opiniones políticas y pasamos revista a temas de actualidad, me pareció más estúpido e intrascendente que nunca. Mientras que yo había enterrado al muchachito de clase media de Belgrano, él era más que nunca un sí mismo. Si me fue posible medirlo como presa, era porque ya no me interesaba. Como el señor Swann, de Proust –que volvió a ver después de muchos años a quien había sido protagonista de sus obsesiones de juventud, Odette, y se sorprendió de lo poco que sobrevivía de su antigua

pasión–, seguí pronto mi camino preguntándome cómo había podido ser capaz de desear morirme o planear matar por ese boludo.

Yendo a casa de mi madre, recorro cada tanto el trayecto de entonces. Pienso en R.M.O., en la íntima extranjería que nos ataba y nos repelía, en las performances calenturientas de nuestra cotidianeidad y en el espejismo del crimen, como en esa tarde tajeada por la modesta velocidad del tren sobre los rieles de mi vida. ●

6 . piel



Tu cuerpo
se abre
y entro
en aguas
profundas.

Poema:

Gabby De Cicco

Caligrafía

Bebel Abreu

Tu cuerpo se abre y entro
en aguas profundas.

Las manos, los dedos,
todo el cuerpo maelstrom
corriéndose, empujando los límites.
La boca, las ganas, el diente hincando fuerte
la marca y el tumbarse en el agite.

Va la marca de saliva, queda el cardenal
al costado de tu teta. El pezón a un
ritmo infernal en el espacio de mi boca.
El piercing contra los dientes.

Si pudiera copiarla en tu piel
el cuerpo lesbiano completo.

Cada pliegue una línea, una imagen,
pero prefiero hacer de nuestros cuerpos
nuestra propia narrativa.

¿Saber lo que era el amor
a los pies de tu cama? Abierta
a la sabiduría de tu lengua.
La electricidad en el giro
de este cuerpo.

Le ordenas a otra
que se ponga de rodillas.
Que te adore desde ahí
abajo.

Yo observo y te toco
desde lejos.

La adoración no es algo
que vaya conmigo.

El sexo abierto a la lengua, la saliva,
el vaivén trazan este mapa callejero.

"Me gusta explorar tu cuerpo" decís.
Lo que decís en verdad es: I like to explore
your body. Y es caliente tu acento
como la mano que cubre mi concha.

No es como la esperabas.

No soy lo esperable.

Dejo que hagas tu propio recorrido.

Ojos bien abiertos,

boca devorando la piedra más preciada.

No es como lo esperabas.

No soy lo esperable.

Acabo

de entregarme al cambio de estancias
en tu boca, en tu mano.

Pienso que voy a desnudarme de vos
como una muñeca rusa.

Iré sacando cada representación,
cada carcasa que vacía no dice nada.

Desmantelaré la estafa, te dejaré
en evidencia: desnuda y pálida
no podrás defenderte.

Los cuerpos y deseos anteriores
te conocen bien, y saben,
de lo pasajero y frío que es tu gesto.



Huelo la palma de mi mano
buscando respuestas pero es solo
el sudor de tu concha, las líneas
sinuosas de la vida, las cicatrices
de mis aventuras cuando era niña.

Pero queda aún más: el recuerdo del pulso
adentro tuyo. Te dije: "es como escucharte respirar
con mi mano aquí adentro".

De las líneas de la vida sólo yo sé.
Ese otro toque, invasivo, que no es amor
es abuso. Trato de sacarlo
de mi cabeza. Pero está ahí.

Huelo la palma de mi mano
mientras me pongo los guantes
pensando en la líquida leche
de tu corazón agitado.

Suele ser así
lo que queda luego de la catástrofe
un silencio sordo
que aún así reverbera seco
en lo profundo.

7. irreversible



GANAS DE RETROCEDER EL TIEMPO

alejandra costamagna

Imágenes de **florencia capella**

Se cayó del techo. Perseguía una mosca o una abeja

o algo que su instinto cazador o su curiosidad extrema proyectó como una presa, y creyó que podría atraparla con sus garras peludas pero lo que atrapó en realidad fue el aire y el vacío. Doce metros de caída libre.

A Felipe nunca le gustaron las mascotas. Ni los niños (aunque a las mascotas las toleraba un pelito más que a los niños).

A este animal, sin embargo, había terminado casi por quererlo. A Alejandra, en principio, tampoco le gustaban demasiado los niños. Cuando se emparejaron, diez años atrás, ambos transmitían en la misma frecuencia. Hacían listas de razones para no tener hijos:

- Dormir ocho horas seguidas.
- No criar ni malcriar.
- No esperar aprobaciones ni reprobaciones de la familia.
- No tener que desaprobado la marihuana.
- No planear desayuno-almuerzo-once-cena.
- No depender del supermercado.

–No pagar jardines infantiles, colegios, institutos, universidades, cesantías.

–Evitar domingos de parentela forzada.

–Evitar postas, hospitales, servicios de urgencia a medianoche.

Y así.

Despertó pasadas las dos de la madrugada con un ruido, pero no lo asoció a nada. O tal vez el estado de somnolencia la hizo imaginar que era uno de esos choques que ocurrían con tanta frecuencia en la esquina de su departamento. A veces sonaban como un plato quebrándose en el suelo, otras veces el estruendo era una explosión que hacía vibrar los vidrios y los nervios. Felipe roncaba a su lado: un ronquido parejo, casi armónico. La conversación de hace un rato los había dejado agotados, como si hubieran combatido por horas y al fin pusieran sus mentes en reposo. Las cosas habían tocado fondo. Después de unos minutos, Alejandra volvió a dormir. Pero a las cuatro y media, cuando se levantó para ir al baño y la gata no vino a tomar agua del lavamanos como siempre, cuando no apareció a pesar de que ella



la llamó insistentemente, cuando la buscó por todo el departamento sin que diera señales, lo supo. Vio la ventana abierta y lo supo.

Lo de las listas había sido al principio. Cuando Alejandra cumplió los treinta y siete años empezó a dudar. Durante una revisión de rutina, el ginecólogo le comentó que los óvulos envejecían tal como envejecen las personas y que las probabilidades de enfermedades congénitas y que las nulíparas y el ciclo vital y que el embarazo de las primíparas añosas y el cuerpo y que todavía le quedaban unos cuantos años, sí, pero que mejor lo fuera pensando. Y las listas de golpe se le hicieron dudosas.

Le costaba respirar. Estaba acurrucada en un rincón del patio común del edificio, hecha una bolita, como si tratara de esconderse del mundo y del dolor que la aquejaba. Alejandra la envolvió en una toalla y subió con ella hasta el cuarto piso. Al entrar, la gata emitió un ruido agudo y penetrante, igual que una guagua.

Alejandra buscó algodón y yodo para limpiarle las heridas, pero a los pocos minutos se dio cuenta de que no era suficiente. Despertó a Felipe y le pidió que llamara a un radiotaxi. La alfombra lucía nevada de algodoncitos con sangre.

Ese mismo día, después del ginecólogo, lo hablaron. Felipe tenía ahora centenares de razones para llenar nuevas listas. Y aunque Alejandra lo halló más que razonable y volvió a repasar las listas con cierta jactancia, hasta con risa, algo la perturbaba. Algo que ya era una duda instalada, un ruido. Le avergonzaba un poco el tema porque lo suyo no podía llamarse deseo, sino solo curiosidad. Un cuerpo que engendra a otro cuerpo, que tiene esa licencia. Y que es una posibilidad con fecha de vencimiento. Tampoco quería llamarlo instinto, eso la avergonzaba aún más. Él, sin embargo, había sido tajante: por nada del mundo un hijo. Y más: mil veces un gato antes que un hijo. Sin demasiado optimismo, decidieron postergar el tema. A la semana siguiente ella pidió una hora con la antigua terapeuta y al otro mes llevó a la gata. La recogió de la calle. Era una bola de pelos negra, del



tamaño de una pantufla, que abría un hocico pedigüeño pero no emitía sonidos. Como si le hubieran bajado el volumen o se hubiera tragado la voz de pura falta de cariño. De manera que se dejó llevar casi prostitutamente, la gata, y desde el primer minuto adoptó a Alejandra como una madre postiza. La seguía a todas partes y la observaba como deslumbrada cuando se bañaba, cuando estornudaba, cuando se limaba las uñas, pensando tal vez (ella estaba segura que la gata pensaba) que los movimientos de su madre putativa eran lo más parecido a un manual de supervivencia. A los diez días ya había recuperado el habla.

Primer taxi: lo siento, señores, no llevo mascotas. Segundo taxi: ¡me van a manchar el asiento! Tercer taxi: a esta hora es difícil que encuentren una veterinaria abierta, pero suban. Primera clínica: cerrada. Segunda: sin servicios de urgencia. Tercera: tienen que sacar un número y los vamos a llamar. El doctor está en un procedimiento ahora mismo. Y, por favor, me van llenando la ficha del paciente.

¿Qué era para ella la gata?, le había preguntado la terapeuta. A ella le dio vergüenza, pero al final lo admitió: la posibilidad de hablar sola. No, se corrigió, más bien el alivio de pensar en voz alta. Alejandra aclaró que se dirigía al animal, pero en realidad conversaba consigo misma. La terapeuta anotó algo en la libretita y reformuló la pregunta: ¿qué ves en la gata? Alejandra no supo qué decir. Le parecieron demasiado disparatadas las respuestas. La mujer concluyó que esa era una estrategia evidente de sublimación. Que le estaba haciendo el quite al tema. Alejandra pudo notar la mayúscula que le daba a esas dos palabras: EL TEMA.

«Felipe tenía ahora centenares de razones para llenar nuevas listas. Y aunque Alejandra lo halló más que razonable y volvió a repasar las listas con cierta jactancia, hasta con risa, algo la perturbaba. Algo que ya era una duda instalada, un ruido.»

Sacaron número en la maquinita y caminaron por el pasillo. No había dónde acomodarse. Optaron por sentarse en los escalones de la entrada. Se turnaban los tres kilos doscientos de gata: un rato ella, un rato él. La atención iba recién en el número dos. Y ya que existían cuatro pacientes por delante y estaban solos en la escalera y tenían atascadas las palabras de la noche anterior, hablaron. Felipe dijo: Yo creo que hay una sola salida, nena. Nunca le decía *nena*.

El ruido brotaba como una planta atómica en la cabeza de Alejandra.

Murmuraba, no maullaba la gata, según ella. Cuando venían visitas se escondía y no había forma de hacerla salir del closet o de algún otro escondite secreto. Sabía que a cierta gente había que tratarla con distancia. Era una gata muy humana, pensaba ella. Al principio no tenía nombre. A él le daba igual cómo la llamaran. Alejandra lo intentó con todos los lugares comunes

para que no pareciera una imposición: Minina, Negrita, Agata, Kitty. Pero siempre terminaba llamándola *nena*. Y así quedó. Felipe, sin embargo, la llamaba gata.

¡Número seis!, gritó treinta y cinco minutos después la auxiliar del mesón. La gata hizo un ruido que sonó como el crujido de un catre. Alejandra entonces la sacó de la toalla, la tomó en brazos y caminó hasta el mesón de informaciones. Una niña con un perro *poodle* los miraba desde una esquina. Felipe se quedó de pie, con la toalla en la mano. La niña se acercó y le preguntó qué tenía el gatito. Se peleó con el pololo, dijo Felipe con forzada amabilidad. Los padres de la niña la llamaron. Que no molestara a la gente, que no fuera intrusa, que viniera a cuidar a su perro. La niña se alejó de Felipe y desde su puesto lo siguió mirando como si él fuera el enfermo, el más enfermo de todos.

Felipe había dicho en las escaleras de la clínica veterinaria lo que no se atrevió a decir la noche previa; lo que ella jamás pensó que diría. La gata la miraba

con ojos perdidos, parecía en otra órbita. A Alejandra le dieron ganas de retroceder el tiempo, de haber amputado los instintos, las curiosidades. De no haber abierto las ventanas.

El veterinario fue tajante: No hay muchas opciones, señora, dijo. Hay que operar.

Yo creo que hay una sola salida, nena, reiteró Felipe. No hay muchas opciones, señora, reiteró el doctor.

En ese minuto, Alejandra hubiera dado cualquier cosa por escuchar un maullido.

Puede que no resista la anestesia, advirtió entonces, con voz de emergencia, el veterinario. Le hablaba a Alejandra; no tomaba en cuenta al acompañante.

Separarnos, había disparado él, con la gata herida en sus brazos, en las escaleras del hospital veterinario.

Alejandra dijo que bueno, que lo hicieran.

Se sentaron en un banquito de la consulta, mudos. La niña y su perro *poodle* y los demás pacientes habían desaparecido. De pronto estaban solos otra vez. Alejandra tenía la cabeza inundada de exclamaciones, pero no las soltó. Se juró que no descargaría frente a Felipe sus pensamientos instintivos. A los quince minutos el veterinario les avisó que habían ingresado a la paciente a pabellón y que harían todo lo posible por salvarla. Les recomendó que estuvieran tranquilos, que no se culparan.

Se sentaron a esperar. Sabían que, pasara lo que pasara, las cartas ya estaban echadas. Alejandra pensó que probablemente lo suyo seguiría siendo un cúmulo de dudas. Que acaso no pasaría de ser el embrión de una curiosidad y que a lo mejor nunca, nunca se atrevería a hacerlo. Pero había que arrojarse. A los cuarenta y cinco minutos, el veterinario les anunció que la

gata había resistido la anestesia. Que estaba bien, recuperándose. Que tendría secuelas, pero viviría. Y que debía permanecer unos días hospitalizada, en cuidados intensivos.

Botaron la toalla en un basurero público y subieron a un taxi, ahora los dos solos. Ya había amanecido. Hacía uno de esos fríos secos, cortantes. Ni bien llegaron al departamento, Felipe se metió en la cama. Antes de seguirlo, Alejandra recogió las motas de algodón con sangre de la alfombra y pensó que la semana siguiente haría poner mallas de protección en las ventanas. ●

8. miedo

DORMIR
SOLTA

erika halvorsen

1 EXT. ACCESO CABAÑA PATAGÓNICA - NOCHE

El faro de una moto alumbra el camino de tierra en medio de la noche oscura. Se detiene junto a la tranquera de ingreso. De ella baja IDA (35), lleva casco, no vemos su cara.

Un cartel de chapa cuelga entre dos postes. Se lee: "la yegüita".

IDA abre la tranquera y empuja la moto hasta la puerta de la casa.

2 INT. CABAÑA PATAGÓNICA / SALA - NOCHE

IDA entra en su casa ya con el casco bajo el brazo. Es una cabaña de madera. Un ambiente único presidido por una enorme chimenea. La escalera caracol conecta con un entrepiso donde se encuentra la habitación. IDA deja el casco sobre un banquito, sale de la cabaña y vuelve cargando algunos troncos en sus brazos. Descarga en la leñera. Cierra la puerta. Se quita el abrigo y los borceguíes. Mira hacia la mesa, repara en su celular que titila enchufado a la pared. IDA agarra el aparato y ve una seguidilla de mensajes de audio. Activa el primero.

LISANDRO (V.O.)

La investigación llevada a cabo por Andrea Petersen, periodista del Wall Street Journal, determinó que las personas que comparten cama tienen mayores beneficios—

IDA interrumpe el mensaje de voz y activa otro.

LISANDRO (V.O.)

No te quiero joder. Estarás concentrada escribiendo—

IDA lo corta, activa uno tras otro.

LISANDRO (V.O.)

Ayer vi una peli y me acordé de vos.

LISANDRO (V.O.)

Un estudio de la Universidad de Pittsburgh dice que dormir acompa-

ñado baja los niveles de cortisol y potencia el sueño reparador. Sobre todo en las mujeres. Dicen que las mujeres que duermen solas se despiertan muchas más veces.

LISANDRO (V.O.)

No quiero ser pesado. Mandame dos palabras así no me preocupo. Un "estoy bien".

IDA, harta, deja el teléfono sobre la mesa. Va hacia la chimenea. A un costado, una mesita muy baja llena de hojas y una lapicera. IDA revisa sus escritos, rompe algunos. Hace bollitos con los trozos de papel y los coloca dentro de la chimenea. Acomoda algunos troncos chicos sobre el papel, en forma de pirámide. Toma una caja de fósforos, prende uno. Elige qué zona del papel encender. Lo hace. Los bollos arden. Las llamas crecen. IDA mira el fuego hipnotizada. Off sobre la acción.

IDA (V.O.)

Mensajes que no se enviaron nunca 1: Me pedís dos palabras. Las pedís y las dictás: "Estoy bien". Tu cabeza dialoga constantemente conmigo. O con mi avatar. El diálogo como simulacro. Me preguntaste si iba a escribir una historia de amor. Todas las historias son de amor. Escribo como amo. Así de impredecible, intenso. A veces insoportable. Irresistible. Trance. Intensidad. La panza que hace ruido después de horas de no parar. Pierdo la noción del tiempo. Abismo. Es amor y es soledad. En mis historias las personas no terminan juntas. Porque nadie termina con nadie. Yo no voy a terminar con vos. Ni voy a dormir con alguien. Aunque los estudios de la Universidad de Pittsburgh digan que es más saludable. Las camas no se comparten. Como los féretros. Como los sueños. La vida no se comparte. Existen encuentros efímeros, paliativos, esporádicos. El resto es ficción.

IDA va hacia la heladera. Saca del freezer una roca de hielo. La coloca sobre la mesa y la pica usando un cuchillo y un martillo. Desprende una piedra de hielo y lo mete en un vaso. Se sirve whisky. Devuelve la roca al freezer y regresa al suelo junto a la chimenea. Todo sobre off.

IDA (V.O.)

Te pedí que me destierres de tus pensamientos. Barthes diría que intento exiliarme de tu imaginario. Insistís en tenerme ahí. Clavada. Anclada en un puerto al que nunca llegué. Mi barquito siempre se mantuvo lejos de la orilla. Puedo nadar hasta la playa pero después vuelvo. Siempre. Esa que tenés ahí no soy yo. Es un personaje que te creaste. Y te obsesiona. Porque me escapo. Como una liebre. Soy tu desafío. Sos cazador. Somos cazadores. Cada gesto es cacería. Hablás de una sensación de destino. Como si estuviera escrito. Vos escribiste tu condena. Empecinarte en atraparme es fracasar en cada intento. Te volviste adicto y lo arruinaste todo. No creo en tu destino. Sí creo en la sincronía. Pero no funciona de a dos. La pareja sirve para conservar un orden simétrico. La sincronía no funciona de a pares. Uno podría verse arrastrado por la órbita del otro. Los planetas pueden formar conjunciones, no parejas. Me preguntaste por qué estoy sola. Vos estás solo. Un mensaje tras otro. Invadís mi órbita. Entrás de un portazo.

3 INT. CABAÑA PATAGÓNICA / HABITACIÓN - NOCHE

IDA escribe en su laptop, ya en la cama. Desde allí también se ve el fuego.

IDA (V.O.)

Mensajes que nunca se enviaron 2:

La utilización del espacio no puede ser la excusa para que una pareja funcione. Una pareja no se puede sostener solo por un contrato de alquiler compartido. Los contratos tranquilizan. La convivencia es para cobardes. La libertad es incómoda. La opción de no verse más siempre latente. Eso te incomoda. La cama nos enreda solo en el sexo. Eso te gustó. Extrañarme. No tengo sexo en mi casa. Esquivo el instante incómodo de tener que arrojar a alguien desde lo alto de mi colchón. Prefiero ser la que se va. Dejar atrás las sábanas, los cuerpos. El viaje desde esa otra cama hasta la mía es uno de mis

rituales preferidos. Instinto animal. O de asesina serial. Llegar y desplomarme en mi edredón. Lejos de la escena del crimen. Sin sed. Como una fiera que devoró a su presa y ahora descansa. La luz del día pone todo en duda. Podría haber sido un sueño. Eso te descolocó la primera noche. O la mañana siguiente a la primera cogida. Y a la segunda. Y a la tercera. Podríamos seguir viéndonos solo para tener sexo. No te alcanza. Quereró que me quede a dormir. Me hacés escenas. Desconfiás. Me analizás. Hablás de mí en tu terapia. Hablá de vos. No soy importante. No me interesa ocupar espacios. ¿Quereró saber qué estoy escribiendo? Esto. "Dormir sola". Una mezcla de novela epistolar y manifiesto. Colección de mensajes que nunca te envié. No existe el desamor. Es desacuerdo. Tan simple acostarse con alguien y tan absurda la necesidad de un despertar juntos. Me dijiste que parezco hombre. Que soy masculina por querer volar después de cada polvo. Es curioso como se apropiaron del desapego. Nos robaron hasta eso. Te sentís una *minita*. Te ves haciendo cosas de *minita*. Qué arbitraria interpretación de la libertad. El lenguaje, las formas concretas de la libertad. Su pequeño ejercicio cotidiano. La *minita* reclama. El varón vuela. ¿A quién se le ocurre semejante clasificación? Se volvió tan limitante y conservadora la heterosexualidad.

4 EXT. CABAÑA PATAGÓNICA - AMANECER

TIME LAPSE. La noche deviene día. La cabaña de IDA está sola en medio de una loma. Estepa patagónica. El cielo es inmenso. Tras ella, una montaña. Frente a ella, el Lago Argentino.

LISÁNDRO (V.O.)

Las personas que duermen solas le tienen miedo al abandono.

IDA (V.O.)

Las personas que comparten cama le tienen miedo a la muerte.

LISÁNDRO (V.O.)

Dicen que el miedo al compromiso es realmente miedo al fracaso.

IDA (V.O.)

Morir sola alarga la vida. Podría morirme acá mismo y seguiría viva en el imaginario de todos los que me conocen. Me verían escribiendo, mirando el fuego. Podrían encontrarme una semana más tarde. Quizás Gustavo, el que me trae la leña, me encontraría muerta. Me llevaría en la caja de su chata roja. Roja como su barba, como mi moto. Cargaría mi cuerpo sobre las astillas de lenga. La autopsia podría precisar la hora de mi deceso. Pero no morimos cuando se nos para el corazón. El otro muere cuando nos llega la noticia de su muerte. Ese es el momento que atesoramos. Así de autorreferenciales somos. ¿Qué estabas haciendo cuando te enteraste que murió Néstor Kirchner? Estoy acá. En el mismo pueblo donde él murió. ¿Y cuándo murió Michael Jackson? ¿Amy Winehouse? ¿Rodrigo El Potro?

5 EXT. PATAGONIA / CALLES DE TIERRA - DÍA

IDA, con casco, guantes y muy abrigada, avanza a bordo de su motito roja por diferentes calles de tierra y pedregullo.

LISANDRO (V.O.)

Escuché un podcast "The Lonely Hour" o "La hora solitaria". Julia Bainbridge es neoyorkina. Lo armó para contar cómo es sentirse sola en medio de una ciudad tan intensa. Se grabó haciendo reservas para ella sola en restaurantes. Los mozos le preguntaban varias veces si esperaba a alguien.

El audio de LISANDRO contrasta con el paisaje que atraviesa la moto. IDA parece ser la última habitante del planeta Tierra. Ni autos, ni rastros de presencia humana en kilómetros de Patagonia.

LISANDRO (V.O.)

Pone en crisis el discurso que idolatra la independencia. Los relatos de fortaleza cool. Dice que su objetivo es sacarle el estigma a

la soledad, pero también bajar la fantasía de los que la idealizan.

Una liebre se cruza en el camino de IDA. La chica frena de golpe, se baja, pone la patita que sostiene la moto y sale del camino para meterse entre las matas negras. Se quita un guante. Avanza sigilosa. Saca su teléfono para grabar un video.

LISANDRO (V.O.)

Klinenberg en su libro *Going solo* dice que la vida en solitario es una fantasía respaldada por la presencia real de la familia, las comunidades y el estado.

La liebre se quedó inmóvil detrás de un arbusto. IDA se acerca grabando.

LISANDRO (V.O.)

Se necesitan maneras que nutran los vínculos entre lo solitario y lo comunitario.

La liebre sale de su escondite y corre campo adentro. IDA la persigue para capturar imágenes de la huida. La liebre se le escapa. IDA se empecina. Vuelve a su moto. Le da una patada fuerte a la palanca de arranque y se adentra en el campo, ahora motorizada, persiguiendo al animal.

6 EXT. PATAGONIA / ESTEPA - DÍA

La liebre corre de mata en mata. La moto salta por los montículos, parece un caballo en plena jineteada.

IDA (V.O.)

Mensajes que nunca se enviaron XI:

Creés que mi soledad es un simulacro. Una coraza que me inventé para defenderme. Que mi escapismo es síntoma de amor. Una muestra de cómo vos me moviste el piso. Ahí está la diferencia. Para mí lo natural, sostenible, vital, es estar solo. La monogamia es un alambrado, un cerco, una tranquera que todos quieren burlar.

IDA y la liebre quedan frente a frente. Se baten a duelo. IDA le saca una foto. La liebre la mira dura del miedo. IDA se queda con los ojos clavados en la pantallita de su aparato. Acerca la imagen. Busca algo en los ojos del animal. El bicho se va. IDA lo deja ir. Guarda su celular. Se calza los guantes y emprende la vuelta. Los montículos la hacen saltar. IDA hace una mala maniobra y cae. La motito cae sobre ella.

Pl de la rueda que gira sin parar ahora en el aire.

IDA se arrastra, logra sacarse los fierros de encima. Se mueve con dolor. Chequea su pierna, su rodilla. Alza la moto. Le duele el brazo. Mueve el hombro, el cuello. Enciende la moto y se sube con cuidado.

7 INT. HOSPITAL LOCAL / PASILLO CONSULTORIOS - DÍA

IDA está sentada en una silla de espera. La puerta del consultorio se abre. IDA entra.

8 INT. HOSPITAL LOCAL / CONSULTORIO TRAUMATOLOGÍA - DÍA

IDA de pie frente a un espejo. Está en bombacha y corpiño. Un traumatólogo la revisa.

IDA obedece a las indicaciones del traumatólogo y gira su cabeza hacia un lado y el otro.

El médico le observa la columna. Presiona un punto preciso por encima de la cintura de IDA. IDA da un respingo.

MÉDICO

¿Duele?

IDA

Como un calambre.

MÉDICO

Son puntos de mucha sobrecarga.

Pase a NOCHE.

9 INT. CABAÑA PATAGÓNICA / SALA - NOCHE

IDA toma whisky mirando el fuego. Está en remera de dormir, bombacha y medias de lana cruda.

IDA (V.O.)

Los misterios del cuerpo. Millones de puntos sin descubrir. Vos y tu cantidad de palabras, especulaciones. Nada. Ruido. Y de pronto un desconocido me toca un punto. Va directo ahí. Tiene las coor- denadas, sabe lo que busca y oprime. Descarga eléctrica. Memoria de músculos olvidados.

IDA apoya el vaso entre las hojas escritas sobre la mesita. Se acuesta junto al fuego. Clava sus ojos en la llamas. Sumerge la punta de sus dedos en el vaso. Un trozo de hielo se man- tiene sin derretir. Moja los dedos en el fondo del vaso y los pierde dentro de su bombacha.

IDA (V.O.)

Espasmos bajo el ombligo. Cosquilleo en la punta de la cabeza. Tensión en los dedos de los pies.

IDA vuelve su mano al vaso. Agarra el trozo de hielo y lo lleva a su entrepierna.

Pl de toda su piel que reacciona ante el frío y se eriza.

El fuego naranja arde de fondo.

IDA (V.O.)

Tan intranferible y subjetivo el orgasmo. Enigma. Jamás podremos comprobar lo que siente otro cuando acaba. ¿Y los olores? ¿Y los colores? ¿Qué ves? Si no podemos ponernos de acuerdo entre un verde cemento y un azul petróleo. ¿Pensás que podríamos coincidir sobre sentimientos? Eso a lo que vos llamás AMOR yo le digo INSPIRACIÓN. Mi LIBERTAD para vos es SOLEDAD. Yo no te necesito acá. El goce es individual. Original. El deseo triangular, eso dice Girard. Desear mimético. Entonces la soledad me protege de eso. De la imitación.

IDA se arquea y gime. Se retuerce hasta estallar en un orgasmo letal.

Pase a DÍA.

10 INT. CABAÑA PATAGÓNICA / HABITACIÓN - AMANECE

Suena una canción: Fría como el viento, peligrosa como el mar.

IDA duerme sola. La otra mitad de la cama está ocupada por libros, papeles y su laptop cerrada.

Pl de un libro marcado con señaladores, se lee el título: *Going Solo: The Extraordinary Rise and Surprising Appeal of Living Alone*, de Eric Klinenberg.

11 EXT. GLACIAR - DÍA

IDA está sentada en el suelo con equipo de nieve y calzado de trekking. Termina de colocarse los crampones necesarios para la caminata sobre el hielo.

Plano aéreo del paisaje helado y glaciario. Inmensidad blanca.

IDA se aparta del grupo que camina en fila siguiendo al guía.

LISÁNDRO (V.O.)

La soledad entró en la lista de enfermedades de la OMS. Se dice que es la pandemia del siglo. Parten de la definición de salud como “un estado de completo bienestar físico, mental y social”. Una enfermedad no necesariamente es fisiológica. O psicológica. En los países más desarrollados es donde más se observa la enfermedad de la soledad. Será como otra forma de polución.

IDA respira contemplando el infinito blanco, inabarcable que se abre ante ella.

LISANDRO (V.O.)

Encontré el artículo de la holandesa Jenny Gierveld. Dice que la frustración es la base de la soledad. Los especialistas en salud mental y física están convencidos de que la soledad, cuando se vuelve crónica, es peligrosa. Hay que buscar un equilibrio. O mudarte a Estocolmo, Capital Global del vivir solo.

IDA (V.O.)

Pandemia. Polución. Anoche me toqué pensando en el traumatólogo del pueblo. Un tipo que mira el cielo y se anticipa a la tormenta. Seguramente adivina dónde conviene perforar el suelo para poner un molino y sacar agua. Escuchó mi cuerpo. Acabé recordando sus dedos sobre mis costillas. Esa presión. No necesito meterlo en mi juego. Pobre tipo. Mirá si lo voy a hacer cargo de mis sensaciones. Fóbica, chúcaro y narcisista me dijiste. Tu loop constante que trata de patologizarme. Tus estadísticas. Si revisás los diez países más "felices" del mundo te sorprenderías al descubrir sus tasas de suicidios. Me mandaste una canción: Fría como el viento, peligrosa como el mar. Si buscás en Google la frase "Beneficios de dormir solo" arroja más de veintitrés millones de resultados. "Beneficios de dormir acompañado", dos millones de resultados. Googlean más los solteros. Tiene sentido. No te enamoraste de mí. Te enamoró mi soledad. Te inspira. Deberías hacer algo con eso. Un collage. Un podcast. Una mermelada.

Pl aéreo que se aleja. IDA es un puntito en medio del paisaje antártico.

IDA (V.O.)

Si tengo que elegir un miedo, prefiero mil veces mi terror a quedar atrapada que tu pánico a quedarte solo para siempre.

Fin "Dormir sola".



9. **sexo**

**AQUÍ
NO
SE HACE
MÁS
EL AMOR**

gabriela wiener

Imágenes de **ignacio de lucca**

En una cama siempre estamos condenados a repetirnos.

Los ciclos del amor conyugal suelen ser implacables antes de caer rendidos. De un ejercicio horizontal a otro insomne y viceversa, se construye una vida en común. De mínimos gestos que se hacen con los pies, cerrando una boca, quitando un libro de las manos inermes. Y de eso que existe entre el sexo y el descanso, y de eso que reverbera entre el llanto y el amor, y de eso que se queda entre la última palabra y el resto del silencio.

Un día decidimos que nuestra cama para tres no iba a ser más para el sexo. La cama que fue durante años la superficie sobre la que recreamos nuestras fantasías de romper con el “marido y mujer”, ahora es una cama para dormir, una cama jubilada, a lo sumo una enorme cama para revolcarnos con nuestros hijos. Los tres dormimos juntos, solo dormimos, pero para todo lo demás hay una habitación extra.

Creo que aún mi libido no supera que hayamos dejado de ser tres y que seamos dos parejas sexuales, la que formamos él y yo, y la que formamos ella y yo. Hay una

pareja que falta: ella y él tuvieron un bebé y dejaron de tocarse. No sé si alguna vez terminará este largo posparto y volverán a seducirse o tendré que asumir que nos hemos convertido en otra cosa. Hay días en que me siento estafada, pero si lo pienso en serio, ¿cuánto podía durar una orgía matrimonial? Lo primero que explico a quien me pregunte por nuestra relación múltiple es que no tengo más sexo que el común de la gente. Aunque tenemos el doble de posibilidades –y más diversas– de tener sexo marital, acordado y no adúltero que dentro de una pareja monógama, hay noches como esta en que soy la única que no puede dormir.

Si alguien me viera tocarme entre sus cuerpos desnudos, un hombre y una mujer al alcance de mis manos, uno a cada lado de mi deseo, quizá pensaría que es una de mis perversiones, pero no tiene nada que ver con eso, no pretendo rozarlos, ni siquiera excitarme con la visión de sus siluetas desnudas e indiferentes, flotando en medio de la penumbra como islas que emiten su propia luz sobre un océano. Me toco en realidad viendo a Magdalene St. Michaels vestida de madre superiora desvirgar a una novicia. Y también a



un señor japonés metido entre las sábanas de una mujer casada mientras el marido duerme a pierna suelta. La intertextualidad entre mi cama y el porno siempre me sorprenderá. Los veo en la pantalla de mi celular, sin volumen, procurando olvidar que los de carne y hueso están allí, y que la agitación creciente que sale de mí no los despierte, pero sin voluntad para buscar un sitio más íntimo. Digo íntimo y no se me ocurre uno más íntimo que esta cama pero tendría que haberlo. Para algunos el sexo es algo muy concreto: lo que corona un día de perfecta comprensión o lo que se hace solo cuando se imponen las ganas, con los restos del cuerpo que han dejado los niños y, de preferencia, después de bañarte. Para otros, el sexo viene bien incluso sin ritualidad, sin aseo personal, sin fuerzas, como complemento, entretenimiento banal, disparador de dramas, consuelo, remedio premenstrual. Yo me siento a veces sola en el segundo grupo.

Soy de esa generación de mujeres que sobrevaloró el sexo. Las que fuimos puristas del orgasmo maduramos más lentamente en lo relacional –otra palabra horrorosa que he aprendido por andar leyendo a los teóricos

del amor libre—, pero aunque suene raro, tocarme viendo porno mientras mis amantes duermen es un trabajo introspectivo, terapéutico. Mucho peor sería despertarlos, manipularlos, forzarlos. Sobre todo cuando la inminencia de la regla aprieta y no la has visto venir y ya está una destrozada rogando entre lágrimas una noche apoteósica e infinita en su convulsa peregrinación del sexo al amor, del amor al sexo y de ahí a la comprensión, que no te van a dar.

Vivo con dolor no ser sexualmente correspondida. El deseo no satisfecho es extenuante, me duele como nada. Necesito demasiado sexo para olvidar lo poco que me quiero. Pero es un pez que se muerde la cola, pues el exceso de ímpetu, de demanda y su locuacidad, esa necesidad vacua de una pobre autoestima que necesita ser complacida sexo mediante, no erotiza a nadie, más bien espanta. He indagado a mi pesar en el trauma y, sospecho, viene de una época en que decidí que el sexo sería mi mayor baza, lo que reemplazaría al amor propio o ajeno, sobre todo al vacío; por eso durante años fui incapaz de lidiar con el rechazo de mi cuerpo desnudo y deseante. Ver la espalda del ser amado me empujaba a la locura. Hasta que comprendí que no se sincronizan



apetitos como se sincronizan los relojes. Con el tiempo he aprendido a sortear el drama después de las diez de la noche. La sexualidad en convivencia demanda pedagogía diaria, actitud contrita, libertad hasta donde empieza el sueño o la inapetencia del otro, onanismo o más amantes.

«Aunque tenemos el doble de posibilidades –y más diversas– de tener sexo marital, acordado y no adúltero que dentro de una pareja monógama, hay noches como esta en que soy la única que no puede dormir.»

Hace poco nos fuimos de vacaciones y a mí me tocó la habitación con la cama matrimonial. Ellos se turnaban para dormir conmigo, algo que puede ser incómodo porque impone cierta jerarquía en la que no creo, pero a mí me encantó verme al menos esos días como una especie de polígamo de Salt Lake City, Utah. Me propuse, ya que estábamos de vacaciones, tener sexo cada día con uno distinto, como una manera de esquivar la nostalgia del sexo grupal profundizando en lo que sí tengo y no he perdido. Por supuesto, no lo logré, tuve casi la misma cantidad de sexo que en días de trabajo, es decir insuficiente, pero intenté no desmotivarme y experimentar con esa alternancia.

«Me propuse, ya que estábamos de vacaciones, tener sexo cada día con uno distinto, como una manera de esquivar la nostalgia del sexo grupal profundizando en lo que sí tengo y no he perdido.»



La primera noche de las vacaciones duermo con ella. Siempre le digo que se parece a una actriz española que he visto en una peli, nunca sabré cuál. Le digo que no la merezco, le digo que soy fea, gorda, vieja, y ella es una modelo. Me dice tontita, tú eres la realmente bella. Hay agua en mis ojitos. Pero hoy no vamos a jugar a que somos las criaturas celestiales, esas niñas lesbianas asesinas que se tocan a espaldas de mamá, las que matan a mamá, vamos a ser nosotras mismas. Quiero con un lapicero unir los lunares de su vientre como en ese pasatiempo del periódico de unir los puntos. Me sé de memoria su constelación. Solo yo la veo en el cielo. Le digo que no haga nada, que yo haré todo. Tener los ojos abiertos todo el tiempo. Trabajar duro por ella. Es tan blanca y limpia que en mi estúpido autorracismo siempre pienso que la voy a ensuciar. Ella es mejor que volver a ver a mi papá muerto. Mejor que un jugo de guanábana. Mejor que bailar puesta de MDMA. Hablo con su potito, porque hablamos la misma lengua, su potito de nube, de *mashmellow*, de plumas y yo. Me paso. Roci dice “te pasas, te pasas”; me enternece su pudor. Sueño con algún día poder encontrar mejores símiles para las partes de su cuerpo. Cuando saco mis

dedos de ella están impregnados del polvo mágico de Campanita. Su coño se come mi coño como una planta carnívora de dibujos animados. Perseguir la entrega, nada más, todo lo que nos vuelve dúctiles, lo demás no existe. Si su cuerpo lánguido se posara encima de mí con la boca entreabierta por la que asoman sus dientes imperfectos, si ella hiciera eso, y sus cabellos de musa prerrafaelita brincaran al sutil compás de nuestro incendio todo acabaría para mí en dos segundos y eso es exactamente lo que pasa.

La segunda noche duermo con él. Primero él ríe, cuando ríe sé que vamos a follar. No he visto un hombre más sexy que Jaime riendo. No es solo un actor de cine, es todos los actores de cine guapos juntos. Se estira un poco en la cama, como un cachorrito al que todavía le sorprende que le crezca la cola. Se hace voluptuoso para sí mismo. Y en ese instante lo llevaría a comer chifa y a ver una peli de *Star wars*, le daría todo lo que me pidiera. Yo le acaricio el viejo calzoncillo de palmeras, le digo que tiene las orejas bonitas, las manos bonitas, las piernas bonitas. Hago pendular mis pechos sobre sus ojos, lo ciego con mi carnalidad, lo sé. Me quedo media

hora olfateando los orificios de su nariz, que expira algo profundo de su ser, es una prueba de identidad: así lo reconozco; y también su axila, que huele hace dos décadas a piel de carnerito, tomo todo lo que puedo hasta llenarme los pulmones de lo que más nos acerca a las bestias. Juego con sus huevos como si fueran las bolas chinas del yin y el yang. Chupo el yang para que brote su lado femenino, beso la cabecita de su pene erguido, y subo hasta las tetillas y el cuello y la boca, y bajo otra vez como una hormiguita y me siento como alguien que toca un contrabajo o algún otro instrumento así de vasto y complejo, que hay que recorrer ascendiendo y descendiendo, a distintos ritmos cortos para sacarle sonidos. Ya no soy tan ágil pero lo intento. Ya que estoy con un hombre, me obsesiono un poco con la penetración pero no demasiado. Me sorprende más el picor de su barba. Me sorprende que él sea más grande

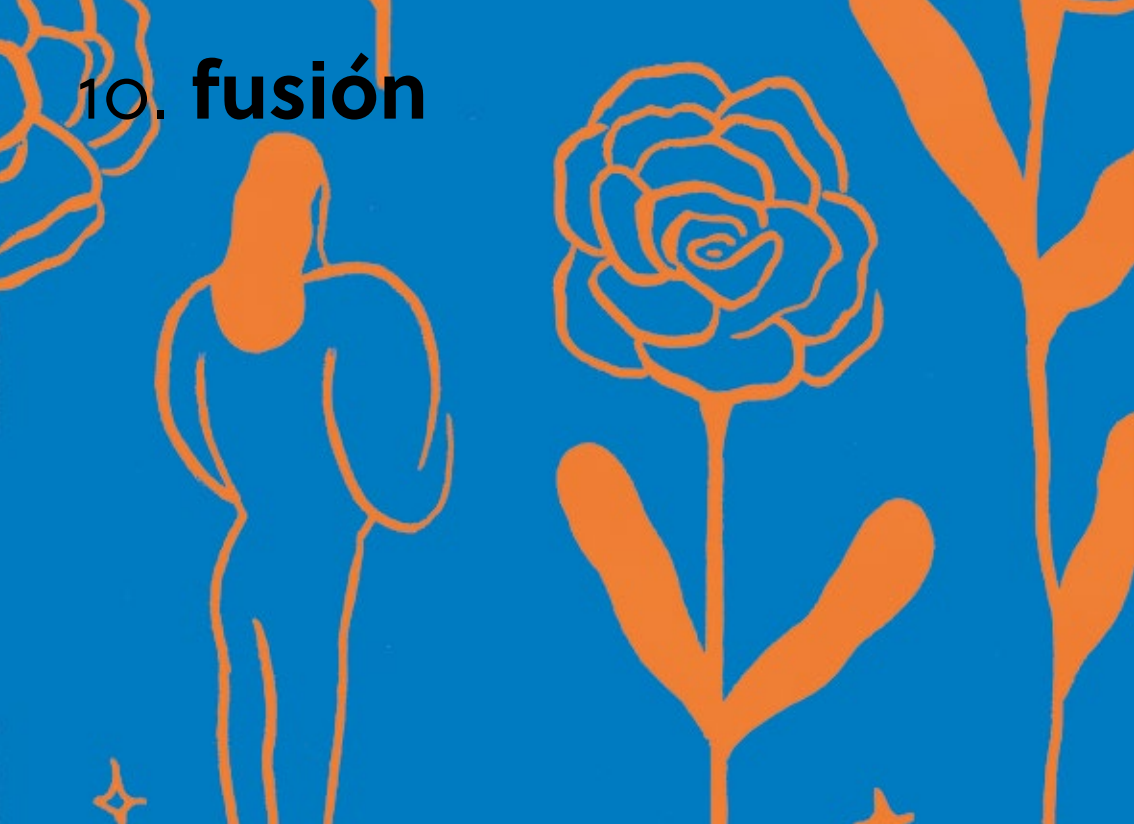
«La segunda noche duermo con él. Primero él ríe, cuando ríe sé que vamos a follar. No he visto un hombre más sexy que Jaime riendo.»

que yo, pero a la vez tan frágil. Sentir algo tan distinto a lo de ayer completa mi naturaleza. Me abraza, me abraza, o, mejor debería decir, me cubre como una manta enamorada, y me encuentro en su cuerpo con los enigmas: una Gabriela inmortal, delgada, bonita, joven que empieza a amarse mientras él la ama. Y ya siento que lo conquisto fácilmente, que avanza y me conmueve ver el *crescendo* de su placer, cómo empieza a arder por mi culpa y nuestros ojos se desesperan y se hablan en sus mil idiomas y se cruzan en la inmensidad de nuestra historia en común.

Ahora estoy en la cama terminando mi eventual rutina matrimonial de masturbarme con Magdalene y el señor japonés, entre dos cuerpos que me dan sus amadísimas espaldas sin causarme sufrimiento. Una es amplia, fuerte, lampiña. La otra grácil, menuda, quebrada. Qué más da si yo soy Magdalene y el señor japonés si sé que en algún momento se girarán y podré verlos otra vez. Ahogo por fin un gemido y miro a los lados, todo sigue igual de plácido, sus espaldas suben y bajan con el sueño, sus respiraciones siguen haciendo juntas esa especie de música nocturna. Y yo también sigo siendo

la misma. No me he perdido en la vigilia de no tenerlos esta noche, ni a uno, ni a los dos. A veces imagino que tengo un súperpoder, no el de querer y desear a más de una persona –creo que eso lo siente todo el mundo– sino el de haber logrado con mucho esfuerzo compaginar esas dos dimensiones del amor, con toda su distinta intensidad y belleza, sin tener que escapar, ni dejar a ninguno atrás, haciéndome cargo, sin que compitan sus fuerzas dentro de mí, integrándolas en el mismo juego de la vida. Cuánta razón tiene el poeta Fabián Casas cuando dice que los amantes que duermen son como botes que durante la noche quedan atados al muelle y se dan pequeños golpes involuntarios movidos por el viento. Solo que en lugar de dos botecitos, nosotros somos tres los que volvemos después de cada travesía. Esta noche ellos están ya en tierra, mientras yo sigo navegando. En un rato nos reuniremos. ●

10. **fusión**



APO- LOGÍA DE LA DISTANCIA

maría sonia cristoff

Imágenes de **bárbara malagoli**

1. Era muy chica cuando decidí ponerme de novia.

Así dicho, al modo anacrónico. Condición crucial: que viviera lejos, así podíamos escribirnos cartas. Eran tiempos de correspondencia por avión. Cuando el modo epistolar de T. me pareció muy repetitivo, muy barroco, di todo por terminado, pero me encargué de encontrar a alguien que cumpliera con la misma condición crucial. Y así sucesivamente: mis primeros amores estuvieron signados por las cartas y los encuentros esporádicos.

Podrán decirme que hay ahí un gesto de romanticismo. Yo los pienso más bien como coartadas propiciatorias: el escenario que necesitaba montar una chica en un pueblo inhóspito para legitimar la escritura constante y, en paralelo, la opción por cierto grado de distancia ya en los primeros pasos de mi educación sentimental.

2. Te amo

Necesito espacio

Te a mo

Más o menos así dice la foto de un diálogo en whatsapp que recibo justo cuando estoy empezando a pensar

en este texto. Me lo manda Ivana Vollaro. No me está dedicado: es uno de esos hallazgos que Ivana, artista conceptual, encuentra en las redes y convierte, con su recorte, en lo que en algún otro momento se llamó obra. En este diálogo que manda ahora –estoy segura– ella debe estar recuperando esos juegos con el espacio en la página tan típicos de la poesía concreta que en algún momento la fascinó. Yo, en cambio, lo leo en clave performática, lo leo como el clic disparador. Me siento a escribir, entonces, una vez más, impresionada por el sistema de coincidencias y azares que se pone en marcha a mi alrededor cada vez que estoy especialmente enfocada en un texto. Ese poder invocatorio de la escritura me confirma la existencia de otros mundos que prefiero no definir salvo para aclarar que no son monopolio de ningún demiurgo superior. Y me pregunto, ahora, escribiendo este texto, merodeando este texto, si no será precisamente en la esfera de esos otros mundos donde también se producen los enamoramientos. El chispazo, el flechazo, el clic.

3. La mayoría de esos chispazos queda en la retina, en el sistema nervioso, en la memoria, en alguna

página, o simplemente en algún gesto que cambia para siempre en nosotros y es a la vez imperceptible para quienes nos rodean. Pero a veces, muy de vez en cuando, esos chispazos son el principio de una relación. Se pasa entonces al universo de la negociación, porque está claro que no hay una cosa sin otra. Y ahí, en esas negociaciones, es donde aparecen diálogos como el que me acaba de mandar Ivana. El momento inevitable en el que alguien necesita espacio y el otro se resiste – ojalá siempre con este sentido del humor – porque cae preso del malentendido que piensa a la distancia como antítesis de la construcción.

4. Las representaciones edulcoradas de la maternidad, la religión, la publicidad, el miedo, el aburrimiento vital, los celos, el modelo de familia burguesa: algunos de los agentes que, en su horror al vacío, en su instigación a los modos simbióticos, contribuyen a ese malentendido, a la demonización de la distancia.

5. En esa antítesis, en esa demonización de la distancia, hay también mucho del malentendido que ronda al Romanticismo, ahora con mayúscula porque me refiero al movimiento, hay mucho de su versión reduccionista.

Es entender que ese anhelo por romper los lazos estrechos de la individualidad del que habla Friedrich Schlegel, uno de sus teóricos centrales, puede resolverse en un vínculo estrecho, literalmente cercano con otra persona. Ser uno con otro. De ese malentendido también fue víctima el pobre Victor Frankenstein: su criatura lo persigue por cielo y tierra demandándole que le cree una compañera idéntica a él, sin llegar nunca a terminar de entender que lo monstruoso no es su apariencia sino su propio plan de estar condenado a vivir en el mundo siempre y cuando lo haga acompañado de una figura que se le adose.

6. Y no es que no conozca ese deseo: el de ser uno con otro. Lo entendí una vez, caminando por un zoológico en Australia. En las afueras de Melbourne era, creo. Vi cómo un canguro joven pero ya demasiado crecido hacía malabares para volver a meterse en la bolsa marsupial. Su madre intentaba seguir caminando pero él la cercaba, le daba vueltas alrededor y, en cuanto calculaba que el ángulo era exacto, se abalanzaba sobre ella, se colgaba, trepaba, intentaba las posiciones más extrañas para volver a entrar en esa bolsa en la que alguna vez había mamado al son de la dicha. Pero el cuerpo materno

lo expulsaba. Lo dejaba ahí afuera, expuesto a un mundo que jamás volvería a darle aquel calor. Entendí la desesperación del canguro hijo, el desconcierto. Y entendí también la desesperación y el desconcierto de la madre, esas ganas de meternos al otro en el cuerpo, de llevarlo adentro para siempre.

«Ser uno con otro. De ese malentendido también fue víctima el pobre Victor Frankenstein: su criatura lo persigue por cielo y tierra demandándole que le cree una compañera idéntica a él.»



7. Pero a la vez entiendo también la pobreza implícita en lo que, en mi idiolecto amoroso, en mi construcción de vínculos amorosos, he pasado a llamar “la quimera del canguro”. Porque, por fuera de esa bolsa hay, precisamente, un mundo. Un mundo que queda obturado, empequeñecido, si nos obsesionamos, como el canguro hijo, como su madre, como la criatura de Frankenstein, con la idea de ser uno con otro. O si nos obsesionamos, como tantos y tantas, con el modelo de familia judeocristiana. Como alternativa, como modo de estar juntos y a la vez incorporar ese mundo, creo más en la tribu. Aunque conozco sus fracasos. Supe formar parte de dos en la década del ochenta, en los años de la facultad; una tenía su punto de encuentro en un caserón de la calle Juncal, la otra en un PH de la avenida Boedo. Como chiste previsible en una estudiante de Letras, yo decía que tenía mis propios Florida y Boedo. Había bastante de eso, en realidad, en parte por las adscripciones de clase de los dos grupos y en parte por la importancia crucial que en ambos tenía la literatura, aunque nosotros, en cambio, en vez de escribir manifiestos y revistas, nos juntábamos a perder el tiempo. Deliberadamente. La historia es larga, no

es lugar para digresiones, solo traigo ese recuerdo para decir que, en esa práctica tan dichosa, tan deudora de las acciones inútiles de los dadaístas, había un código inquebrantable que funcionaba igual en las dos tribus, a pesar de sus diferencias: los contactos amorosos que se intercambiaban constantemente entre sus integrantes no debían nunca pasar al amor exclusivo entre dos porque eso atentaba contra el grado de distancia y movilidad que necesitábamos para mantener la cohesión de grupo. Como no es lugar para digresiones, insisto, me limito a dejar constancia acá de que no fui yo quien quebró esas reglas y llevó al fracaso la experiencia tribal.

8. No podría haber quebrado jamás esas reglas simplemente porque en ese pacto yo estaba en mi aire. Luego, con el correr de los años, con la aceptación de los modos imperantes de estar juntos, abandoné el proyecto tribal aunque solo he podido formar pareja con personas que me aseguren cierto grado de distancia. A M., que era director de cine, eso lo preocupaba. Me hablaba con pesadumbre del personaje de una obra de Harold Pinter, una mujer que se pasa el día sola, hablando con el fantasma de una amiga y el de un marido tal vez muerto

o ausente. Me decía que en eso podía convertirse estar en pareja con un cineasta. Yo retrucaba que en gran parte eso es precisamente lo que supone dedicarse a escribir, estar solo y hablar con fantasmas, y además trataba de hacerle entender que esas absorciones tuyas en los sets de filmación, que son verdaderas entradas en otras vidas, eran para mí una dicha. Pero no por el chiste fácil de oficina, no por la parranda asegurada que significa que el otro esté ocupado, sino porque esas ausencias nos impedían caer en las trampas simbióticas que mi oficio de escritora propicia, porque esas ausencias nos ejercitaban en la disciplina de entender el amor de pareja como una experiencia en la cual el amor de otro ser –y por otro ser– funciona como una fuerza tan viva, tan potente, que es capaz de acrecentar las formas que tenemos de abrirnos al mundo, de construir formas de vida en común de a dos pero también con otros.

9. ¿Hablo del amor libre del hippismo? No. Pero es cierto que, como en el hippismo, me refiero a un modo de relación que tiene un fuerte costado político: en la clase de apertura amorosa de la que hablo están implícitas una entrega al tiempo libre, a un tiempo laxo en el que

podamos movernos sin cumplir permanentemente dictámenes de otros o, peor, de nosotros mismos devenidos otros no precisamente en el sentido rimbaudiano de la frase; una gratuidad en los vínculos, una forma de encontrarnos en la que predominen pulsiones que vayan más allá de la estrategia pueril; una curiosidad intelectual atravesada por prácticas de diálogo y de disenso cuerpo a cuerpo; una apología del gusto, de volver a hacer cosas por puro gusto. Están implícitas prácticas, como se ve, que van en dirección completamente opuesta a las políticas de rentabilidad y productividad que cada vez más nos acechan en todas las áreas de nuestras vidas, en todas.

10. Como en mucho de lo que escribo, anda rondando acá la paradoja: así como me embarco en una apología de la distancia, soy incapaz de tolerarla cuando me parece una imposición en vez de una construcción. Hago lo que sea por derribarla. Me concentro para eso. Una vez, gracias a esa concentración, logré que un avión que ya había despegado hacía más de siete horas y que estaba ya en medio del Atlántico, tuviera que volver por un desperfecto que nunca se terminó de aclarar y entonces,

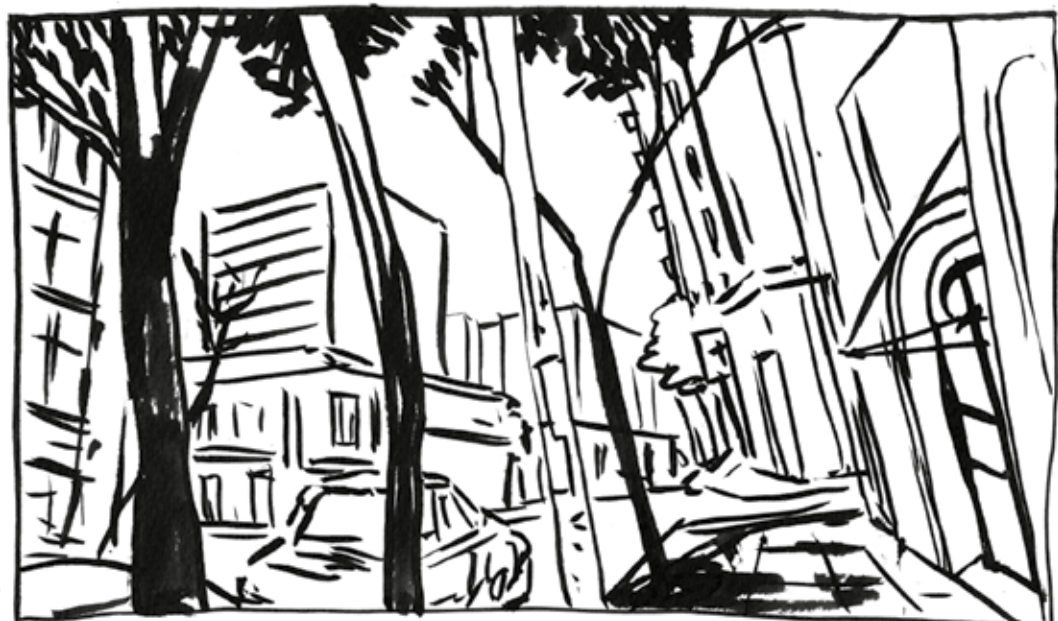
a partir de eso, se desbarató un plan de vuelo y, ya que estábamos, se desbarataron también muchos otros planes y así fue que uno de esos clic, uno de esos chispazos de los que hablaba antes, tuvo oportunidad de expandirse, tuvo tiempo de desplegarse en el tiempo. Mi madre, cuando le cuento estas cosas, dice que en alguno de mis genes del Este se debe haber colado una gitana. Yo más bien creo que se trata de atajar al azar para que no vaya por la senda del reduccionismo. Cuando se puede. Las pocas veces que se puede. Al menos en el terreno del amor, una de nuestras últimas trincheras. ●

11. rutina

COSAS A
LAS QUE
PRESTAR
ATENCIÓN

nacha vollenweider



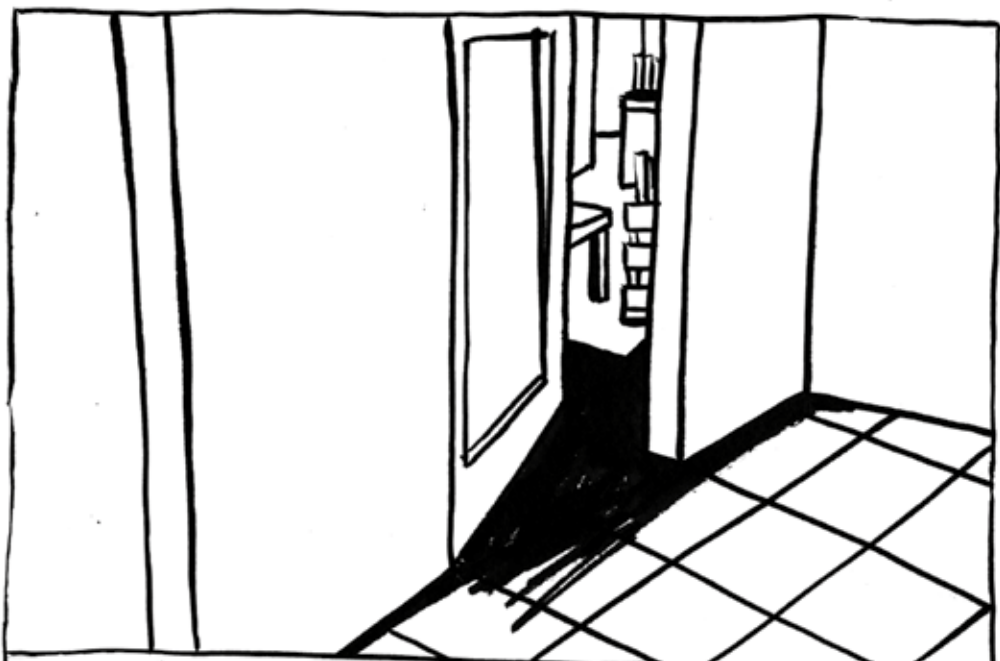


ANTES DE ENTRAR...

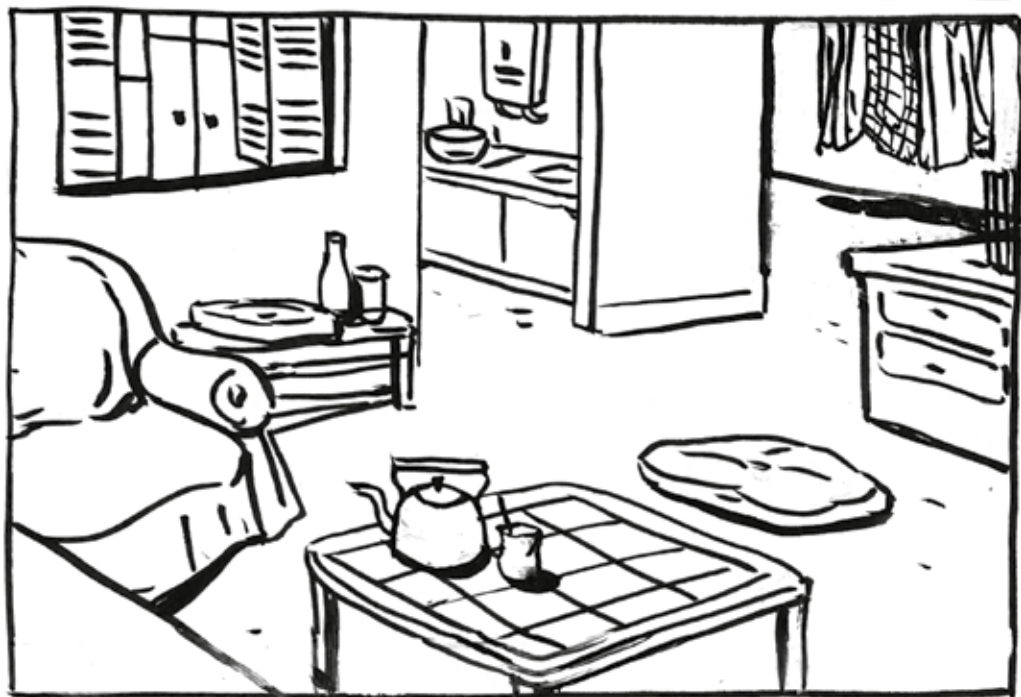


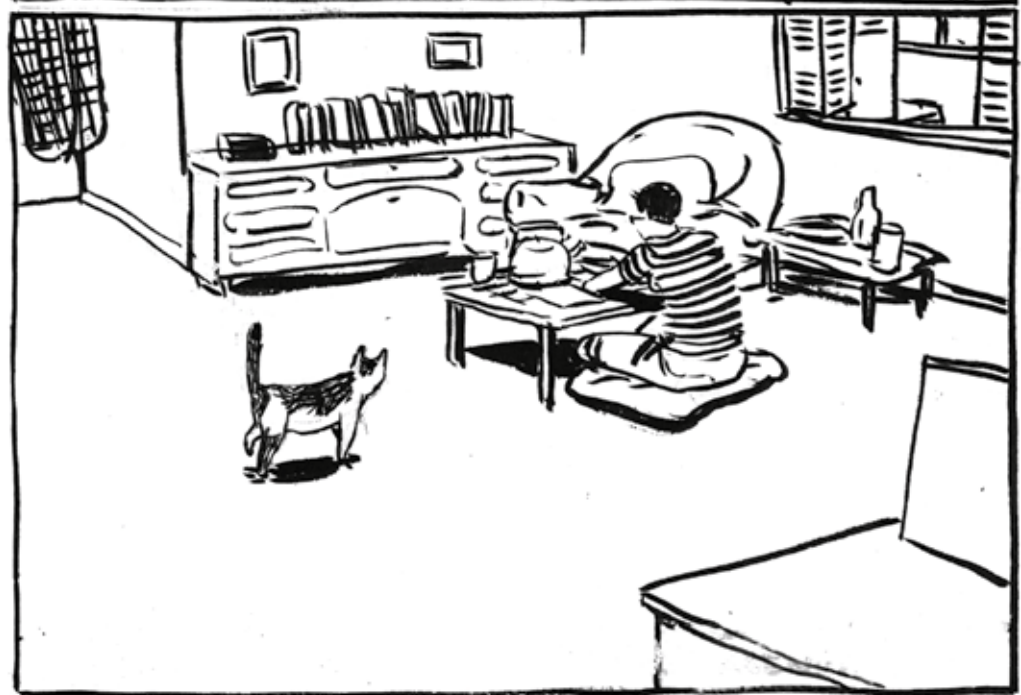


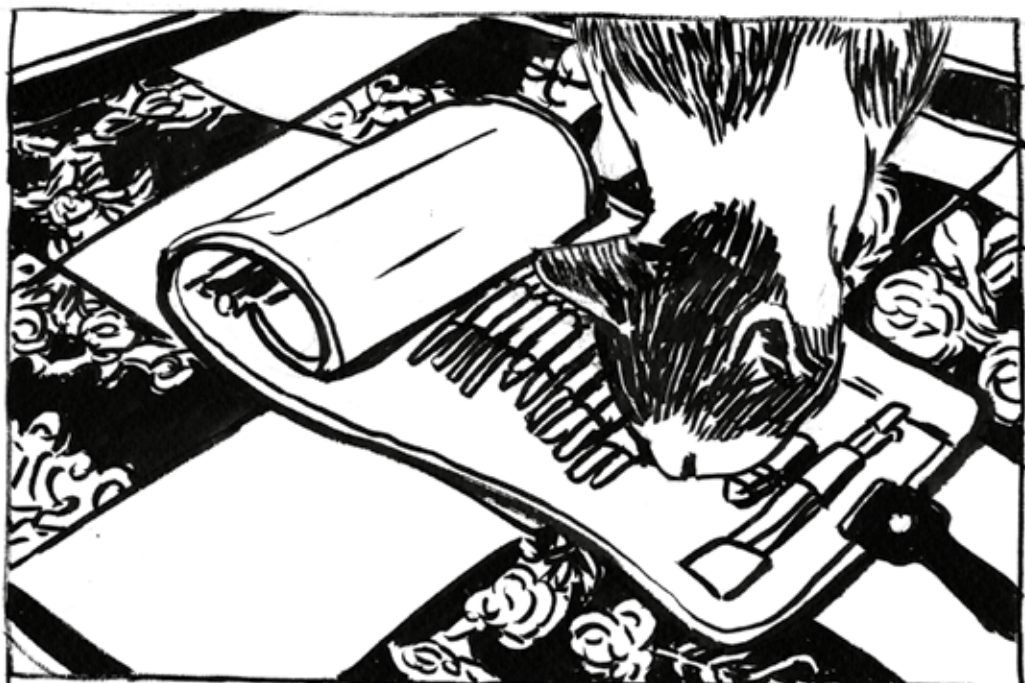
INTENTÉ RELAJARME.



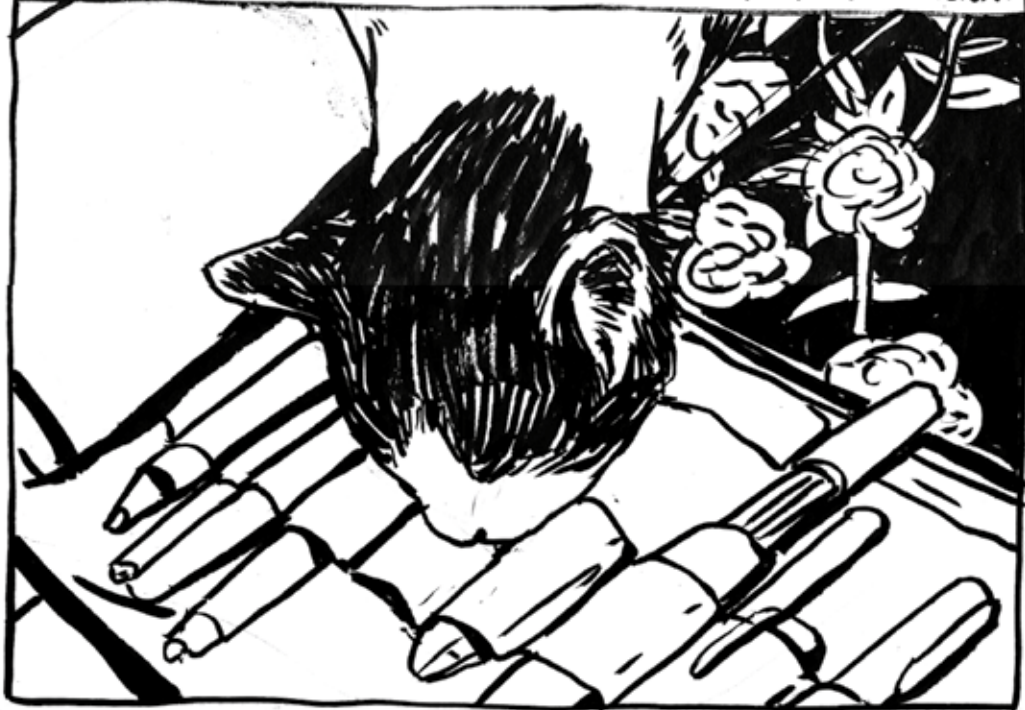
ME DIJO QUE ESA NO ERA SU CASA PERO QUE VAYA IGUAL...







YA ME ENSEÑÓ TODAS LAS COSAS QUE TENGO QUE PRESTAR ATENCIÓN.

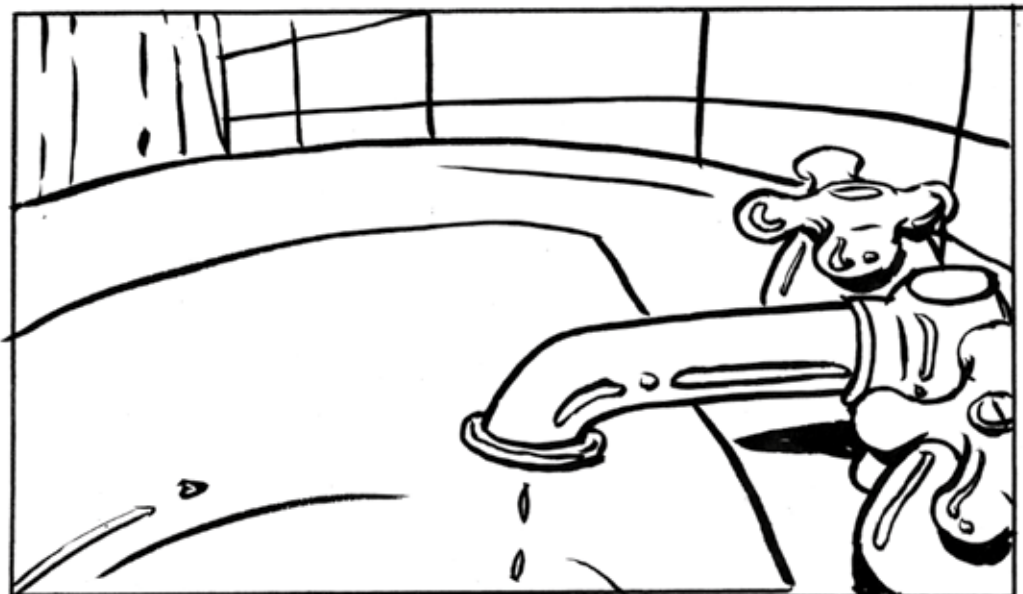




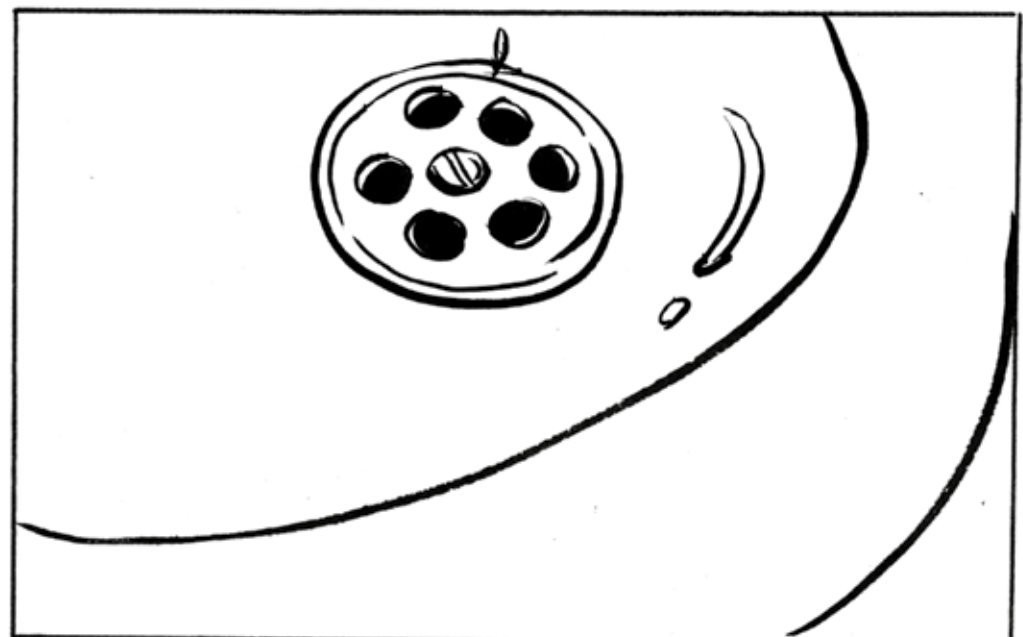
LA VENTANA QUE NO TIENE QUE QUEDAR ABIERTA PORQUE SE VAN LOS GATOS,



NO DEJAR CORRER EL AGUA DEL TANQUE DEL INODORO, SE INUNDA TODO.



QUE NO ME PREOCUPE POR EL AGUA QUE GOTEA POR LA CAVILLA DEL BAÑO.
SÓLO PUEDE SER UN POCO MOLESTO PARA DORMIR.



Y QUE PARA COMER HAY ARROZ CON ZAPALITO.



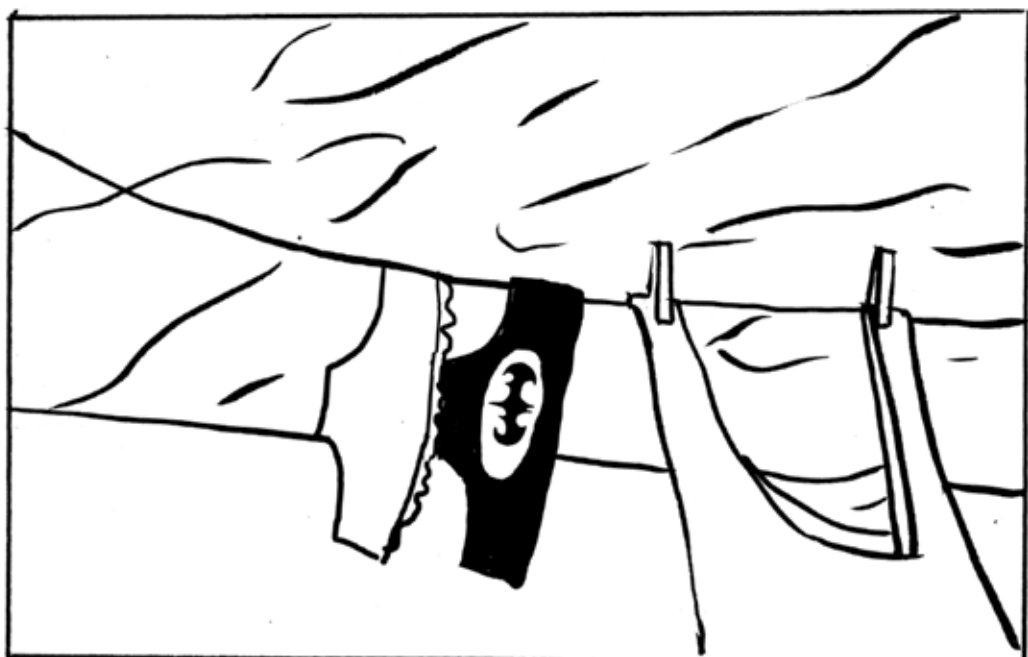
AH! ME OLVIDABA LO DEL CALEFÓN. PARA EL AGUA CALIENTE HAY QUE MOVER LA PERILLA PERO NO SABE BIEN PARA QUÉ LADO.



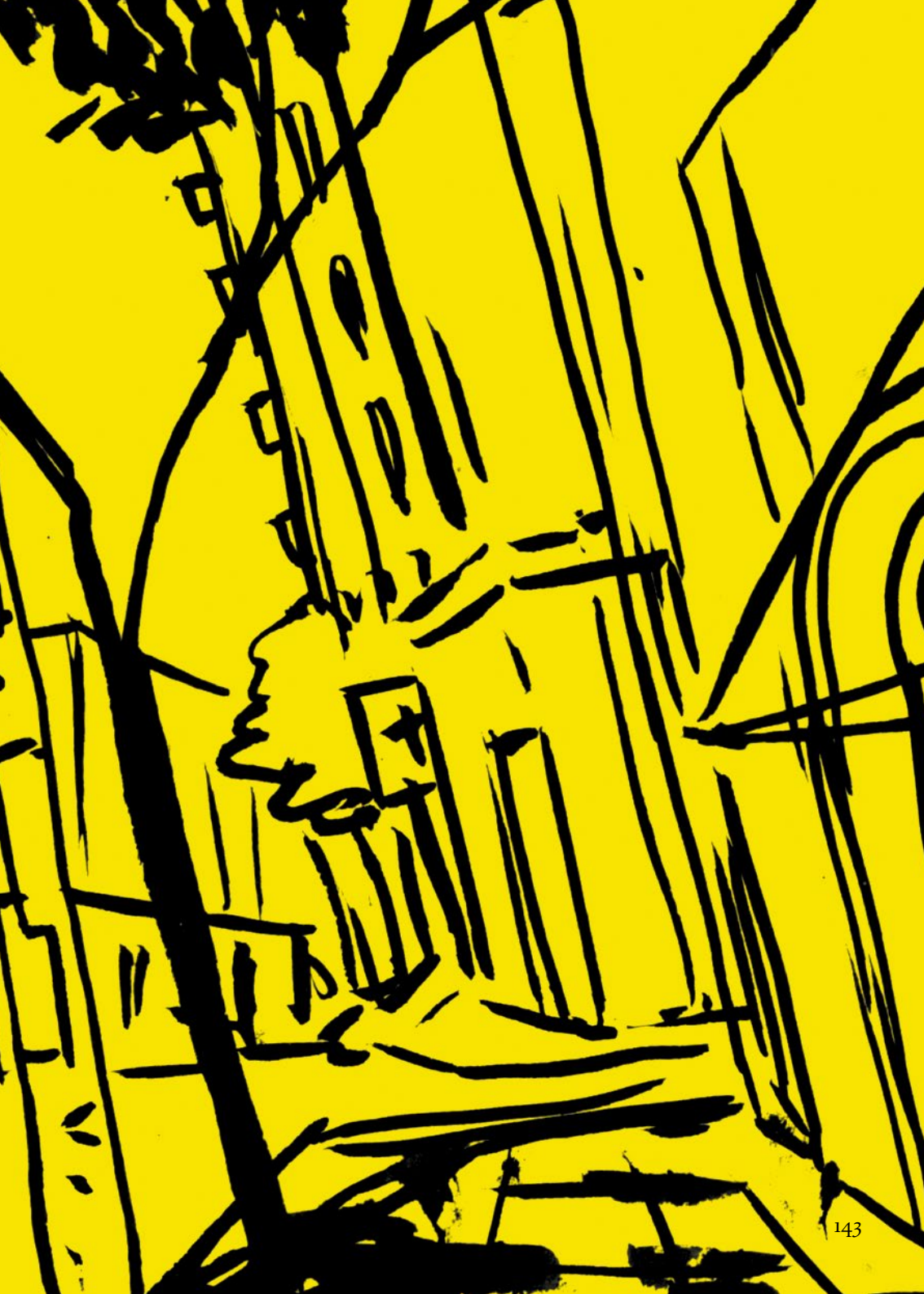
HACE UN RATO SE ESCUCHABAN LAS CHICHARRAS.



AHORA LAS HOJAS SE GOLPEAN UNA CON LA OTRA.



CARRIZO, EL LOCO, SE APAGÓ.



12. infidelidades



VOLVER A CASA A LIMPIARSE EL PERFUME AJENO

enzo maqueira

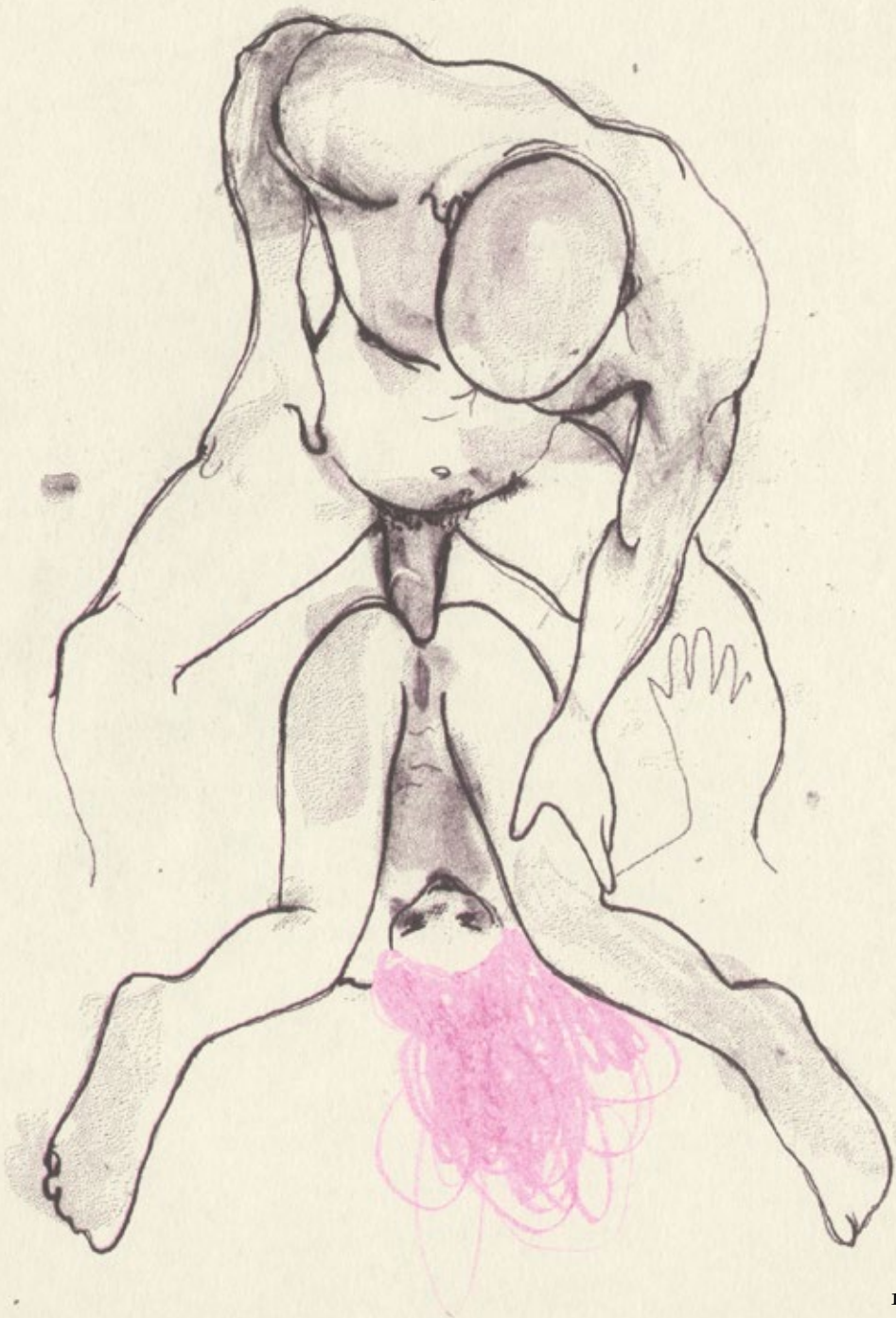
Imágenes de **zé otavio**

Me creía un vivo bárbaro. Tenía veintisiete años y una novia

de sonrisa de ángel. Nos habíamos conocido en un boliche de Flores, una noche del verano del 99. Yo salía de una relación a distancia que me había destrozado el corazón. Mariana (solo el nombre es ficción) era todo lo contrario a mi colombiana morena que me había prometido la vida eterna en Londres y había vuelto con su ex ni bien regresó a su país. Me aclaró enseguida que estaba en una relación y que por eso no se iba a permitir besarme esa noche ni las siguientes. Ella no hacía esas cosas y solo levantó la veda después de separarse. El Sí fue en la casa de mis padres, que estaban de viaje. Preparé supremas con crema de cerezas, puse *Romance*, de Luis Miguel. Seríamos pareja durante siete años. Una relación tranquila: salir a comer, mirar televisión, hacer el amor en la terraza. Pero no era suficiente. En algún momento quise volver a sentir lo mismo que había sentido con la colombiana. Un amor intenso que me llevaba a gastar fortunas en llamadas de larga distancia, pasar las madrugadas en vela, llorar a gritos. Casi lo logré con una hippie que nunca me dio pelota. Estuve con la bartender

de un boliche, con una estudiante de filosofía, con una recién egresada. No encontraba el amor pero descubría el sexo. Mariana jamás sospechó, hasta el invierno de 2005.

Recién me había ido a vivir solo y daba clases en una universidad. Había una alumna alta, morocha, pícara, que cursaba su segunda carrera. La miraba embobado mientras trataba de enseñar la diferencia entre escribir y redactar. Cuando terminó el cuatrimestre le pedí el número de teléfono. Me invitó a su casa. Delfina (solo el nombre es ficción) nunca había estado con un hombre y esa vez solamente nos besamos. Como había sido educado bajo los preceptos del catolicismo, que no quisiera tener sexo la ubicaba en el terreno de las mujeres de las que podía enamorarme. Además me hacía acordar a la colombiana. La veía seguido, sin culpa, y después de un par de semanas le dije a Mariana que necesitaba un tiempo. La llevé a Delfina a un bar de Palermo. Nos estábamos contando nuestras infancias cuando sonó mi celular. Atendí temblando. Dónde estás, me preguntó la voz furiosa del otro lado. Tuve que salir corriendo del bar y tomarme un taxi a casa. Mi novia me esperaba en la puerta. Nunca la había visto así. Lloraba, gritaba, se arrastró por las escaleras hasta el segundo



piso. Le serví un vaso de agua. Se tranquilizó un poco. Nos sentamos a tener la conversación que había evadido todo ese tiempo. Le dije la verdad. Quiso saber el nombre de la chica. Cuando le contesté sacó un papel del bolsillo y me lo puso delante de la cara: una cadena de mails (me había hackeado la cuenta) que nos habíamos mandado con otra de mis amantes. Los reproches duraron siete horas, una por cada año de relación, hasta que amaneció y ya no tuvimos nada para decirnos. Bajé a abrirle. Cruzó la avenida. Me miró con una pena infinita antes de subirse a un taxi.

Así empezó la relación con Delfina. Le había contado mi pasado porque no quería tener secretos. Esta vez iba a hacer las cosas bien. Ya me había revolcado en suficientes camas. El nuestro iba a ser un amor puro, perfecto e intenso. Pero ella no me creía. Me decía pirata, mentiroso, las engañás a todas. Me revisaba el celular, me olía la ropa; estaba convencida de que cuando decía que estaba durmiendo me iba a la casa de alguna de mis putitas. Un día, sin contarle nada, estuve en una fiesta. Alcohol, drogas, otro mundo que se abría ante mis pasos. Besos con una chica que conocía del secundario. Me dijo de ir a su casa. Yo no estaba seguro, pero de

todas formas era lo mismo si lo hacía o no: Delfina iba a seguir desconfiando. Fue una de las pocas veces que sentí culpa. Extrañamente, esa vez no sospechó nada. Ni siquiera que había estado en una fiesta. Pero dos días después me hizo un escándalo porque estaba segura de que me cogía a una de sus compañeras de teatro. Así durante muchos años: celos injustificados y otros que no. Peleábamos y las reconciliaciones no terminaban en la cama. Y yo cada vez necesitaba más sexo. Empecé a llevar una lista con todas las chicas con las que le metía los cuernos.

Su obsesión por descubrir mis infidelidades me convirtió en un experto en borrar pruebas. Cada vez que se iba una chica de casa, sacaba los pelos del lavatorio con una pinza de depilar, barría, cambiaba las sábanas dos veces (usaba unas nuevas con mi amante, volvía a poner las anteriores antes de que viniera a visitarme), rastreaba y tiraba por la ventana cada pelo que no fuera nuestro. Para asegurarme de que nada pasara de largo usaba una cinta adhesiva ancha que deslizaba por el sillón. En esa cinta quedaban pegados, mezclados con cenizas de marihuana, los restos de mis noches de infidelidad. También los restos de mi vida con Delfina. Ya no me creía tan vivo como

antes y, a medida que iba conociendo mujeres, empezaba a descubrir que era un eslabón más de una cadena que había nacido con la Humanidad. Una madrugada vi cómo una de mis amantes, desnuda entre mis brazos, le escribía a su novio para despedirse hasta mañana, te amo, “sos el mejor novio del mundo”. Otra de ojos claros, pelo lacio, que pintaba a Cortázar, me confesó que estaba casada hacía un par de años; y otra no me lo dijo pero me di cuenta cuando me la crucé en la calle, iba acompañada y me dio vuelta la cara. Un historial de encuentros clandestinos se escondía detrás de ellas como detrás mío. Había una trama oculta en el lado b de nuestros cuerpos. Una red de sexo sin compromisos, de secretos sin confesar, de mentiras que no había más remedio que creernos mutuamente.

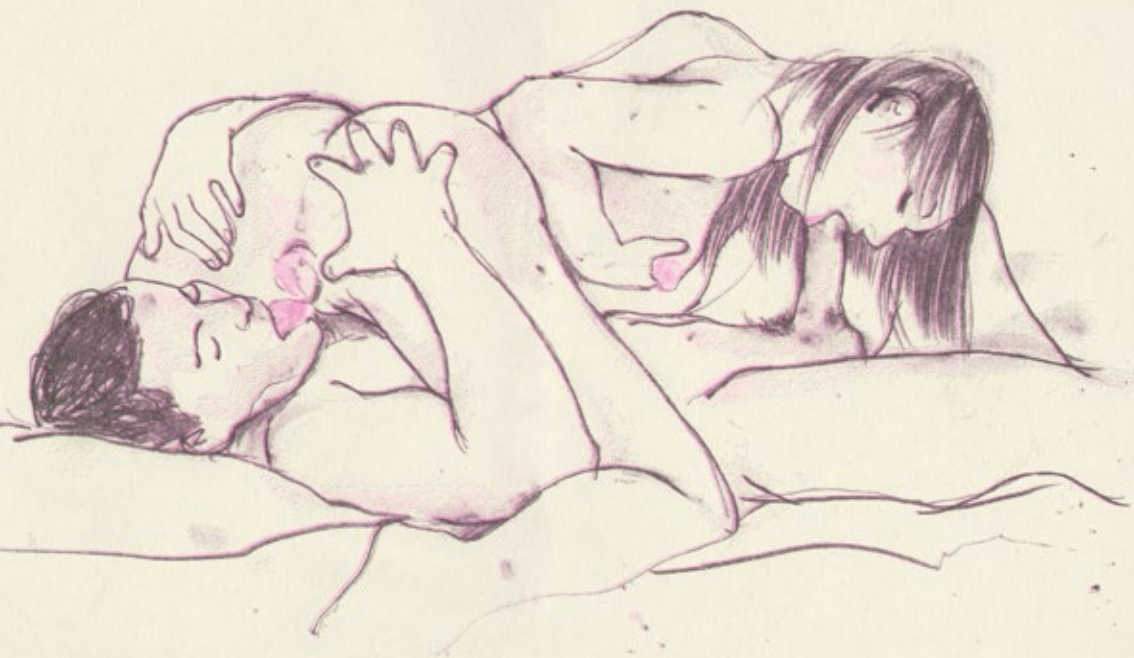
Un viernes, bajo los efectos de una fiesta electrónica, me encontré con Mariana. Fuimos a casa, los dos drogados. ¿No estás de novio, vos?, me preguntó. Le dije que tener sexo con los ex no era infidelidad. Ella dijo que tener sexo con alguien del pasado nunca lo es. Me confesó que cuando éramos novios había estado con un compañero del colegio que le había quedado pendiente. No había sentido culpa. Era un pendiente y listo. Se sacó

las ganas como se las estaba sacando esa noche, conmigo, y mi cuerpo con el de ella mientras la voz en mi cabeza trataba de reacomodarse. Que la angelical Mariana me contara que me había sido infiel terminó por derrumbar el último ladrillo del muro que habían levantado los curas del colegio católico. También sepultó para siempre la posibilidad de creerme un vivo bárbaro. Pero el golpe de gracia vino más adelante: ¿seguís con la misma chica?, me preguntó. Le mentí que habíamos cortado. Ah, me parecía, dijo, porque ella está saliendo con el hermano de una amiga.

«¿Seguís con la misma chica?, me preguntó. Le mentí que habíamos cortado. Ah, me parecía, dijo, porque ella está saliendo con el hermano de una amiga.»

No recuerdo qué mentira le dije a Delfina para explicar cómo me había enterado. Lloré, grité, pataleé. En algún momento me juró que solo habían sido besos, que no había pasado nada más. Aunque sabía que era falso, elegí creerle. El dolor era por la traición, pero mucho más por comprender que el problema no era yo, que el problema ni siquiera éramos los hombres, siempre señalados por nuestra promiscuidad: que la infidelidad es algo que los humanos tenemos que hacer cada tanto, sin distinción de género, a veces sin motivos, simplemente porque la necesitamos. Con el tiempo aprendería que uno de los principales ejes del erotismo es la novedad, y que contra eso no hay pareja estable que valga.

La novedad, para mí, era coger con chicas que tomaran drogas, coger en un baño público, coger con una rubia, con una morocha, con una bailarina que me enseñó todo. Estuve con una trans para ver de qué se trataba. Fui a boliches swinger, sadomasoquistas, gays. A veces sentía que era un experto en relaciones sexuales ocasionales; con el tiempo me llegué a ver como un adicto. Lo único que me importaba era tener tanto sexo como pudiera. La conquista y el momento de la concreción eran una montaña rusa de adrenalina; después llegaba el final,



y entonces sentía el peor de los vacíos, a veces me daba asco, casi siempre quería salir corriendo de la cama donde me hubiera revolcado. Inventaba cualquier excusa para irme cuanto antes.

«Llevamos adelante una relación abierta. A veces extraño la sensación de creerse único para el otro. Otras, me entrego al juego de separar el amor del sexo.»

Un día, Lux (el nombre es tan real como lo que sigue) me agregó a Facebook. Era moderna y despojada. El flechazo decretó el final de la relación con Delfina. Desde el principio Lux me aclaró que, pasara lo que pasara, siempre iba a ser su número uno. En ese momento no entendí qué significaba. Unos meses más tarde, en pleno enamoramiento, supe que se veía con una chica, y después con un chico, y vaya a saber con quién más. Es probable que yo estuviera haciendo lo mismo. Ya no hubo gritos, llanto ni pataleo. Ganó la resignación, pero también la sinceridad: basta de esconder, mentir, volver a casa a limpiarse el perfume ajeno. Llevamos adelante una relación abierta. A veces extraño la sensación de creerse único para el otro. Otras, me entrego al juego de separar el amor del sexo. Dejé de someterme al consumo de personas. Busco conocerlas, divertirme, entablar un pequeño vínculo; cuando la novedad se termina, quedan los likes en las redes sociales, chatear para mantener abierta la posibilidad de un reencuentro, fingir que no estamos solos en el universo. Amigues para siempre, me dijo una odontóloga una vez, después de una noche larga e inolvidable. Hace un tiempo supe que una amiga de mi mamá se había separado porque había descubierto

una infidelidad. Al poco tiempo había tenido un ACV. Murió sola, una noche, cuando se levantó de la cama para ir al baño. No estaba su marido para socorrerla, a pesar de que todavía la llamaba por teléfono cada día y seguían amándose como siempre. Quizás sea eso que Lux y yo construimos, que probablemente no dure tanto como quisiéramos, lo que significa la fidelidad para nosotros. Somos fieles a estar juntos a pesar de nuestras infidelidades. La fidelidad existe en los cuentos de hadas de nuestras mentes. Los cuerpos, aunque nos cueste aceptarlo, solo conocen ser libres. ●

13. enamoramiento



**HERIDOS
SIN** margarita garcía robayo
**HABERNOS
TOCADO**

Imágenes de **eugenia mello**

Es de noche y estoy cansada, pero acabamos de llegar a la fiesta.

Me siento en un banco en la vereda y los otros se dispersan rápido, como lagartijas hambrientas. Vengo de otra fiesta más tranquila en otro barrio más tranquilo. Mi vida, en cambio, ha estado algo inestable el último año. En la otra fiesta mi amigo C. se encontró con alguien que mencionó un cumpleaños en un bar de moda, algunos mordimos y acá estamos: enlodados en una avalancha de juerga. ¿Quién cumple?, le pregunto a D., que se sienta a mi lado y me pasa su cerveza. Un gay. Genial. No tengo la menor expectativa, así que me relajo en el banco y miro el plátano que está empezando a florecer. D. también es gay, pero está solo porque su novio vive en Brasil. Yo hace unos meses terminé con un tipo que parecía de lo más inocuo y terminó siendo un *psycho*. Por suerte duró poco. Ahora pienso que aunque hubiese estado cuerdo habría durado poco, porque el problema no era tanto su locura como mi abulia.

Saco la vista del follaje y vuelvo a la vereda, quiero decirle algo a D. relacionado con los ciclos y los karmas y la necesidad de limpiarse de otros, pero él ya no está; lo

veo entrando al bar con un flaquito de lentes y hombros fruncidos. Escucho la risa de mi amiga Z., que es como una cascada de piedras, dura y fluida. La ubico con un chico y una chica que le hablan de cerca y el contorno de las tres cabezas forma un aura vaporosa. Imagino que le dicen cosas lascivas que la hacen estirar el cuello y dejar caer la cabeza hacia atrás con ese desparpajo de actriz de los años veinte. El chico se aparta y también se ríe, tiene dientes grandes, blanquísimos, y una melena generosa, y la piel de un niño bien alimentado. Me descubre mirándolo y le dice algo a Z., que se vuelve hacia mí y me llama. Me encamino hacia ellos. El aire huele a pasto recién cortado, mis pulmones se ensanchan, mis arterias se limpian, la ventana de mi casa imaginaria mira una pradera perfecta bajo un cielo despejado. O un cuadro de Thomas Cole. Hago cálculos rápidos, no me dan las cuentas ni el pulso para empezar de cero. Z. nos presenta, el chico da un paso adelante, la chica da un paso al costado. A la amiga de Z. le caigo mal: ya lo sé, me pasa siempre de movida; antes me afligía, pero ahora no, porque sé que en un punto se revierte.

Z. dice cosas que no escucho. Entre él y yo se instala el silencio de bestias que se escrutan con los ojos





inflamados. Aparece el holograma laberíntico que se superpone a la pradera y me marca un camino sinuoso de neón. Al costado está el hueco negro, el de siempre, el que no tiene fondo, el que nunca se va; pero al final del camino está esa luz brillante que me enceguece y me impide ver el hueco, o me hace minimizarlo. Por el momento es un felpudo roto, inofensivo, y no el bicho vivo que terminará chupándome. Así, en una distracción de la neurosis, es como ocurre el flechazo: los dos nos elevamos y accedemos a esa cápsula radiante como si nunca la hubiésemos habitado. Entramos frágiles, blandos, necesitados, desbocados, embrutecidos. Ya estamos heridos sin habernos tocado.

La habitación sigue oscura, aunque hace rato que es de día. Lo sé porque me levanté antes a espiar la casa. En la heladera encontré una colección de picantes vencidos. En la biblioteca, además de libros, hay muñecos de la “cajita feliz”, facturas agrupadas en un clip gigante de Morph, cuatro soldaditos de plomo con el precio percutido pegado en la base: 12 libras cada uno. Pero el gato maulló y me asusté, entonces volví a la cama.

Este chico duerme para no hablar, es mi sospecha.

La sospecha es el diablo, me lo enseñaron de chica –en contraposición a la certeza, que es Dios–. Hace diez días que nos conocemos, hemos hecho lo obvio: salir a comer, mirarnos con esa mezcla de ganas y desconfianza, y tener charlas crudas sobre la vida que embellecen nuestras heridas psíquicas. Ya revisamos el pasado, ya comparamos internamente a nuestros “ex” –a todos– y decretamos que somos mejores prospectos el uno para el otro. Ya le mentí para gustarle más; él hizo lo mismo conmigo, pero no me di cuenta. En este punto podemos coincidir en que somos felices juntos porque conspiramos para serlo; cada quien hace lo suyo, con brío, pero en secreto. Anoche fuimos a una terraza y, después del beso, pensé que tendríamos que lanzar cohetes: la reciprocidad en el amor –incluso si dura segundos– es una victoria que merece celebrarse.

«Anoche fuimos a una terraza y, después del beso, pensé que tendríamos que lanzar cohetes: la reciprocidad en el amor –incluso si dura segundos– es una victoria que merece celebrarse.»

¿Entonces por qué duermo tanto? No pregunto para no lidiar con la humillación de su respuesta. Así que me inflo y me desinflo, tengo ansiedad, tengo sed, tengo angustia porque está muy oscuro (¡buenos *blackouts!*, me dirá C., que está en el detalle fino). La boca entreabierta me deja ver un poco de su dentadura que me gusta tanto, pero de una forma distinta porque cuando duerme cambia, parece otra persona: alguien que me resulta al mismo tiempo extraño y querible. Me cuelgo pensando en cuánto cambiamos cuando dormimos o cuando nos miramos demasiado tiempo en el espejo y la cara empieza a descomponerse en un dibujo cubista. ¿Cómo eran los otros dormidos? No recuerdo a los otros. Es imposible tararear la melodía de una canción vieja cuando hay un hit golpeándote la cabeza. Despierta y me mira: ¿no dormís?

Me busca por mi casa y pasamos la tarde. Vamos a un bar. La merienda transcurre entre chistes y gestos de afecto irónico. Descubro que eso es lo que más me gusta de él: que está tan incómodo como yo con este choque repentino. Sabe que enamorarse es un accidente inevitable. Yo sé –y no recuerdo si lo sabía antes– que

enamorarse es reconocerse.

Me dice que tomo mucha agua. Es que tengo la incertidumbre atragantada, pienso. ¿Está mal?, digo. Está bien, dice él. O quizá dice: ¿Está bien? Para ambas opciones hay respuestas distintas, así que callo. La charla banal es un arma filosa. De pronto quiero largarlo todo y volver a mi almohada mullida a fantasear. Hay, sin embargo, un placer especial en el enamoramiento adulto, este mismo, el de ahora, el que ya no es inocente ni desprejuiciado, sino que –aunque jamás renuncia a que el cielo se encienda con cada contacto visual– tiene claras ciertas reglas: 1) dura poco; 2) degenera en algo que, en criterios objetivos, es bastante peor: las palpitaciones decrecen, la sonrisa se diluye, la excitación se estanca, se resigna al mero bienestar o muere; 3) algunos se adaptan al nuevo estado de la relación disfrazándolo con títulos serios como estabilidad, o con otros más disparatados como sentar cabeza; 4) hay rebeldes que se empeñan en seguir buscando ese estado de felicidad extrema, con la ilusión de perpetuarlo; 5) todos fracasan, pero ninguno se arrepiente.

Me toma la mano y pregunta cómo estoy. Intoxicada de endorfinas, pienso. Bien, digo. Él asiente con una sonrisa

que deja flotando. Todo flota acá adentro y es hermoso y horrible porque, al menor signo de gravedad, caeremos en picada. ¿Qué hay abajo? El hueco negro. Él sabe, como yo, que podemos pasarnos la vida circundando el hueco sin mirar sus profundidades. Es lo que se estila. Yo no, sospecho que él tampoco: si caemos juntos, miraremos de cerca las entrañas del bicho, obsesionados por entenderlo. Así que sabemos que sabemos, pero no nos importa, porque ahora el hueco está lejos y olvidado. Hoy somos una isla flamante en el pantano de masitas, cafés y voces que se enciman a la tarde que se apaga. Nos veo: podríamos convertirnos en un recuerdo futuro engordado hasta la leyenda. O en una de esas parejitas

«No recuerdo a los otros. Es imposible tararear la melodía de una canción vieja cuando hay un hit golpeándote la cabeza.»



felices dentro de una esfera de cristal que se agita para que llueva escarcha. Nos veo, pero no lo sé. Dentro de las múltiples fases por las que atraviesa el amor, esta –si bien es la que más claramente podría figurar en una tomografía– es la menos real y discernible. Lo que un cuerpo enamorado experimenta es la potencia de algo que todavía no se ha expresado del todo. Eso es fascinante, vertiginoso y aterrador.

Cuando salimos del bar le digo que debo volver a mi casa porque trabajo temprano. Falso. Me explico a mí misma que es mejor evitar el agobio mutuo, que prefiero estirar el momento en que todavía nada está astillado. Pero la verdad es que necesito que no me deje ir. En su cara aparece esa mueca que ya voy a empezar a registrar: abstracta e intensa como un Rothko. Adiós Thomas Cole, adiós pradera, ahora es cuando el pecho empieza a doler. Me abraza de golpe, como si temiera perderme, y yo me digo, abatida y aliviada: a la larga todos nos perdemos. Respiro, porque es mejor el oxígeno que la conciencia y envío todo el amor a mis tentáculos que se encienden como brasas y lo envuelven decididos. El cielo empieza a taparse. Espanto los malos presagios. A este lo quiero, por favor, que me quiera también.

Aullidos sordos en el bosque, a la espera de un eco.

¿Cómo le contaremos esto a nuestros nietos?, deposita esa pregunta en mi cuello, como una granada en un moisés, y yo le digo que en presente, así como este texto. Hay cosas que solo se pueden contar en presente, pero no porque sigan latentes o frescas, sino porque el idioma es pobre. No existe un tiempo verbal que traduzca un episodio suspendido en el aire para siempre, pero sí existe el estado de conciencia que te permite saber que te encuentras transitándolo, mientras te esfuerzas por convencerte de que llegaste a él de un modo azaroso, de que nunca te pasó antes, de que diste por fin con lo que estabas buscando. Pero este episodio no necesita esas mentiras. ¿Por qué? Porque cuando caiga la noche seguiré ahí, con los dientes apretados, intentando retenerlo. ●

14. verte



**AQUELLA
NADA
ORIGINARIA,
TÍMIDA,
OPACA**

alan pauls

Imágenes de **florencia blanco**

No hay primera vez. En el amor, como en la mayoría de las cosas,

solo que multiplicado por mil, un millón, mil millones, dado el estado de ceguera radical en el que tienen lugar las escaramuzas del corazón, nunca somos contemporáneos.

Llegamos tarde a lo que nos pasa. Algunos, muy tarde; otros, un poco. Pero incluso estos, los avispados, los que se monitorean a tiempo completo y acechan sus propias vidas sentimentales minuto a minuto, como la televisión de aire el rating, aun ellos, que casi podrían decir lo que les pasa y lo que viven en tiempo real, aun ellos llegan tarde, siempre, demasiado tarde, en todo caso, en relación con ese momento originario, fundante, en el que se sigue insistiendo en que Todo Sucede. Muy tarde o casi a tiempo, en el amor da lo mismo: somos todos extemporáneos. (El hecho de que en toda pareja siempre haya uno que llega más tarde que el otro, uno más lento, distraído o necio que el otro, prueba hasta qué punto esa falta de sincronicidad es estructuralmente amorosa). Y la extemporaneidad se paga. ¿Cómo? Fabulando, por supuesto.

Todo lo que asociamos con la idea de primera vez es una invención retrospectiva, urdida desde (y en función de) un presente que puede estar tan lejos de ella, cronológica y sentimentalmente, como el brillo de una estrella de la estrella que alguna vez lo emitió. El *coup de foudre*, el roce físico que da escalofríos o apacigua, la conversación que podría durar siglos, la abolición del tiempo y el espacio, el ataque de risa fusional, el deslumbramiento de dos mentes que descubren que se leen entre sí en silencio (mientras las caras se ruborizan), el salto al vacío de la carne: todos esos paroxismos íntimos, a mitad de camino entre la cursilería y el despellejamiento, en que la (tele)novela sentimental lleva siglos empeñándose en encarnar el *big bang* del amor, son los trucos dramáticos más o menos convencionales o idiosincráticos, las “escenas” con que nuestro fatal *delay* de sujetos-de-amor lidia con algo que por definición no puede sino ser un agujero negro, erigiendo en su sede –cráteres, escombros, cenizas– la réplica a escala maqueta de una *archiexperiencia* que ninguno juraría con la mano en el corazón que vivió en el momento en que se supone que sucedía. Porque ¿qué sucedía cuando Todo



Sucedía? Nada: mareo, confusión, balbuceo, segundos pensamientos, temores, dudas, la cabeza en otra parte, ¿es una hebra de queso lo que le cuelga del labio? El pequeño bazar del deseo, la imaginación, el terror, donde le gusta o no tiene más remedio que abrirse paso, destruyéndolo todo, nuestra pobre vocación anhelante.

**«¿Qué sucedía cuando Todo Sucedió?
Nada: mareo, confusión, balbuceo,
segundos pensamientos, temores, dudas,
la cabeza en otra parte.»**

Es raro que la primera vez sea exactamente la misma para los dos a los que luego persigue como una segunda fecha de nacimiento. "¿Ustedes cómo se conocieron?". La pregunta –un clásico trivial, fatal, del proceso por el que dos parejas que son amigas empiezan a quererse *en tanto que* parejas– es el mejor t ester de esa asimetría decisiva, prueba de que no hay primeras veces menos originarias, inapelables y evidentes que las de la experiencia amorosa. "En una fiesta...". "Más bien cuando nos fuimos de la fiesta...". "Bueno, pero durante la fiesta...". " S ? Yo recién...". "S , dale,  a quién miraste vos durante toda la fiesta?". " Yo? Pero si yo estaba con...". El acuerdo no presenta fisuras cuando elige un marco general (la noche de esa fiesta), pero qué poco tarda en vacilar y astillarse cuando intenta dar precisiones. Es como si solo existiera para dar lugar a un desencuentro, una discrepancia, y a las especulaciones retrospectivas que intentarán (en vano) resolverlas. Es una escena de comedia, irónica y sutil, que se integra y alimenta el amor con la fuerza con que solo se integran las cosas que podrían destruirlo, siempre y cuando la disparidad de respuestas que cosecha la pregunta no surja ahí por primera vez, y la controversia entre los amantes no



sea la que enfrenta a dos historiadores alrededor de un objeto dado, que los preexiste, sino el juego tonto, infinito, sofisticadísimo, de dos traumatizados que siguen sin salir del éxtasis del trauma que los golpeó, del que sueñan, en realidad, con no salir nunca, y que gozan retocando. Es el principio del principio: contar la primera vez como quien vuelve a fundar un lugar que sigue abierto, indeterminado, expectante.

Pero la escena puede ser también el principio del fin, el síntoma de una lógica sin salida, policial, persecutoria, si el goce de diferir –de disentir y aplazar al mismo tiempo– es desalojado por un encarnizamiento para el cual no hay amor que no se funde en una voluntad de verdad y todo disenso es una señal de traición insoportable. En ese caso, el intervalo entre el momento de la fiesta y el después, ese *apenas* que la pareja de comedia, aun lamentándolo, se dedica amorosamente a merodear, visitar, limar o adornar, como un animal la herida a la que le debe la existencia, se vuelve una suerte de dato, una tragedia objetiva, suerte de pecado original que no tolera revisiones y atraviesa el amor como un veneno, intacto, condenando a los amantes a actuarlo una y otra vez.

No hay primera vez puede significar dos cosas. Una, que el amor que esa experiencia en teoría inauguró no está condenado a nada y menos a “estar a su altura”, “serle fiel”, “mantenerla viva” –el tipo de misiones imposibles a que suele obligar un culto demencial que impone juzgar el presente de una relación sentimental a la luz de su pasado, y ni siquiera de su pasado, sino del hito fantasmático que lo absorbe y lo anula. Si la primera vez, en cambio, solo existe *après-coup*, como el ejercicio de una retroactividad amorosa, el pasado pierde todas sus estúpidas heráldicas y se pone a las órdenes del presente, único tiempo verbal en que el amor acepta conjugarse si quiere ser otra cosa que un ideal o un hobby nostálgico.

«Es una escena de comedia, irónica y sutil, que se integra y alimenta el amor con la fuerza con que solo se integran las cosas que podrían destruirlo.»

La segunda es que quizás haya que imaginar la primera vez de otro modo. Arrebatársela a la escuela de guionistas hollywoodense que la convirtió en el *highlight* que es, espectacular, único, inolvidable, y entregarla a una dramaturgia de la perplejidad, convencida de que las pasiones no nacen de flechazos sinfónicos sino de oscuridad, tanteos, vacilaciones, malentendidos, espuma sorda y confusa y casi siempre informe que los anales oficiales de las primeras veces descartan por irrelevante, accidental o tediosa. Tal vez, yendo más lejos, sea útil expatriar la noción de primera vez del club med romántico donde reblandece y pensarla casi al revés, como ese instante en que se activó una alarma que desatendimos, no supimos escuchar o incluso confundimos –imperdonablemente– con un buen augurio, cuando no una promesa de felicidad.

Habrá pues primeras veces para todos, no solo para esos impostores que las narran con lentes untados de vaselina, chimeneas ardiendo a pleno y crepúsculos, como las narraba la publicidad cuando el amor le interesaba para vender vino blanco. Alcanzada esta cumbre de la civilización amorosa, comprenderemos quizá dos cosas: que el otro al que se ama ya no será solo

ese paladín que captó, coincidió, cautivó o hizo gemir como ninguno nunca antes, sino también el tarambana, la criatura insípida o deforme que desagradó, estuvo en otra, no dio pie con bola, fue aburrida, irritante o soez o, colmo de los colmos, *no dejó* huella alguna; y que eso que llamamos amor, eso por lo que estaríamos dispuestos a dar la vida, o no dormir, o no comer, o dejar de amar a otro, o no dar pie con bola, etc., no nace de un relámpago en cámara lenta sino, tal vez, de un *infranimio* mal iluminado, de una nada originaria tímida, opaca, a menudo imperceptible, indigna de ser llamada primera vez, alrededor de la cual el amor crece y se multiplica y delira, ensortijándose como una patética enredadera de bolero. ●

15. **todxs**



UNA FE ÚNICA

cristian alarcón

Imágenes de **alejandro pasquale**

Amor: han sido meses y meses de pensar en el amor,

de nadarlo como al agua de tus días, de bucearlo como al río caudaloso de tus noches, de sentirlo esquivo y receloso, insinuándose, en su partida o en su arribo. Se ha acercado con los modos del que irrumpe sin anuncio previo, como siempre ha sido para vos, para ti, en el idioma que quieras que te hable, en la lengua que querés que te nombre; así hayas sido el primero de mis amores, así seas el último. Has estado en mi vida por poco tiempo. O has recalado con la autoridad del poeta que no se quiere marchar, que anida obtuso en el recodo final de la cueva para recitar sus versos aún dormido, en la madrugada, como quien escapa de sus sueños imposibles. He implorado que te quedes allí solo para escucharte respirar durante las noches. No me ha importado que sea a un costo alto, no me he dejado llevar por la comodidad, he dicho que sí a tus caprichos más locos y crueles. Y todo lo he hecho en nombre del amor que te he tenido; porque el amor a cualquiera de mis amores me ha llenado de miedo, de temblor, de escozor, pero también me ha llenado de una certeza mística y

gloriosa, de una convicción muy parecida a la fe.

Amor, estoy frente a una vista espectacular, en la bahía del Marqués, la más pequeña de Acapulco, con una lengua de mar quieto en las faldas de este cerro y una furiosa lengua que azota la costa en el horizonte; una playa que fue de pescadores en la que ahora se suceden las torres inmensas y vacías, cientos de ventanas con el *black out* cubriendo el lujo del sol. La decadencia de hoy y la débil estela de los ochenta y su glamour lindan con esa costa que desde aquí veo. Los antros de antaño y la paz del confort, como te ha gustado siempre. Jamás me enamoré de alguien a quien no le gustara el placer confortable. Ante mí el mar dormido, plácido como aquel lago del sur al que íbamos cada enero para ser románticos y perfectos, uno solo los dos con el volcán y la tierra, yo en mis obsesiones literarias, tú en tu cuidarme voraz; ante mí el mar encabronado como el que golpeó la costa atlántica ese día en que me celaste por primera vez con tanta rabia y tristeza. Pienso a los océanos como lugares del amor y me doy cuenta: siempre hemos ido al mar juntos. Siempre lo hicimos: cuando no supimos qué más hacer de nuestro dolor estúpido, cuando nos engañamos y queríamos volver,

cuando necesitamos descanso; para iniciar nuestro amor –qué dicha inmensa–, para terminarlo –qué lacerante solo recordarlo en este momento–. El mar siempre estuvo allí. ¿Sin mar no hay amor? ¿Hay amores sin paisaje? ¿Hay amores de montaña? ¿De desierto? ¿De ciudad contaminada? ¿Hay amores de manifestaciones callejeras? ¿De huelgas? ¿De fábricas tomadas? ¿De pequeño pueblo? ¿Amores marítimos? Hay amores transatlánticos, digo.

Amor, esta tarde dormiré la siesta. Y mañana otra vez. La siesta es el síntoma más poderoso del amor; la confirmación de que una vez que hemos sentido ese latigazo en el pecho, la imperiosa necesidad del otro, nos podemos olvidar que nos llaga y escuece, mientras abrazamos a deshoras al amado, la amada, y ya nada más importa; solo ese dormir. Pensar el amor ha sido recordar el dormir, como dormir contigo en esa hamaca colgada del cielo, frente al mar caribe en el viejo edificio Benedetti. Como dormir solo una noche en esa cama de una plaza, en ese catre de campaña que se me incrustaba en las costillas sin que me molestara solo porque me obligaba a abrazarte con más fuerza en ese ambiente de la avenida Corrientes, encendida abajo. Como dormir



con vos en el patio, sobre un colchón, para huir de las miradas de los demás en esa casa de estudiantes hacinados en La Plata, solo para que el sonido de nuestro sexo no nos llene de vergüenza. Como dormir en esa cama inmensa en palacio, la cama que estrené con vos y que se nos hizo pequeña de solo amarnos. Y que se volvió oceánica en el peor de los sentidos cuando te ofendías por nada, por los fantasmas que te hicieron partir.

Amor, pensar en el amor me revuelca en las escenas cotidianas de nuestro amor. Las lecturas en la cama del departamento de la calle 8, ese tiempo en que todo era leer y coger, y comer en la cama, y reír en la cama y vivir en la cama. Los platos acumulados

«Ante mí el mar dormido, plácido como aquel lago del sur al que íbamos cada enero para ser románticos y perfectos, uno solo los dos con el volcán y la tierra, yo en mis obsesiones literarias, tú en tu cuidarme voraz.»

de toda una semana, el mundo derrumbándose mientras nosotros sobrevivimos sumergidos en nuestros libros, en la poesía de los malditos, en los románticos ingleses, en las novelas francesas, en los rusos más vastos. El cotidiano de la casa con flores, del aroma a tus perfumes, de los horarios cumplidos y las comidas sanas, las exploraciones de sabor, la crianza del niño hermoso. Las noches de militancia en la calle junto a las trans contra la policía, los debates feministas, las internas de la política, las crónicas políticas, la idea de la vida como una vida política, en el cotidiano. La construcción de un cotidiano inmediato, apenas nos conocimos, al día siguiente, como si siempre hubieras estado en palacio, como si antes de esas vacaciones en la costa hubiéramos ido a cientos de lugares.

Amor, creo que no podría escribir esto si no estuviera de viaje ahora mismo. Si no estuviera cuidado por un viejo amor que vuelve y está siempre para protegerme y llevarme a paraísos singulares. Algunas ciudades saben a vos, otras saben a ti, tienen tu olor, se parecen a nuestro amor. Otras son hostiles como nuestras separaciones siempre tan injustas. ¿Pensar el amor es de pronto arrepentirse? Es decidir que era tan fácil continuar



adelante con el amor, que amar es persistir. Y al mismo tiempo, provoca abrir y estirar los brazos ante la evidencia de la liberación: la libertad, única manera del amor. En el viaje donde la idea surge como un destello, se materializa en un tiempo sin órdenes ni precisiones, y se deja sentir con claridad: quizás no haya marcha atrás en esos amores signados por la exclusividad, quizás lo que esté ocurriendo es eso que ahora llaman poliamor.

Amor, todos los amores en el pasado son un poliamor, todos: desde la joven hermosa que en el pueblo de mis abuelos me fascinó y a quien le escribí todas esas cartas en papel finísimo durante un año entero, hasta el muchacho de Rosario que me dice que me espera pero me advierte que jamás ha tenido una relación cerrada: quizás todos sean el poliamor. Y por lo tanto, si las relaciones amorosas del pasado pensadas así han sido un poliamor, las del futuro lo serán también. Cuando me encuentro con un amor del pasado el amor que tuve resurge como si nunca jamás se hubiera ido. Al recordar a mi novia de la juventud me invade la nostalgia y la alegría de haberla abrazado en noches espectrales y de haberla amado con el ansia del que busca la cima en el sexo extasiado del amor. Al enfrentarme al amor más

duradero encuentro en el cotidiano que supimos tener la levedad de la pluma suspendida en el aire ajena al viento y al peso de lo real. Al retornar al amor sísmico con el filósofo que me enseñó casi todo lo que sé me devora la mística de una relación que siempre parecía naufragar pero nos llenaba de convicción: la de que juntos podíamos salvarnos y cambiar el mundo.

Al pensar mis amores desde este país exagerado me reencuentro con algunos de ellos en la memoria y son amores recientes, relucientes y alucinantes. Son amores llenos de presente. Volvería a estar con todos ellos. Si me lo permitieran sería el hombre apasionado de cada una y de cada uno, y no me importarían todos los amores que han tenido y que tendrán. Sería feliz de solo abrazarlos, besarlos algunas mañanas, desearlos algunas tardes o noches. Dormiría la siesta un día a la semana con cada unx. Me dejaría llevar por lxs más dulces y amorosxs, me dejaría amar como nunca antes me dejé amar por ningunx.

El poliamor ha llegado a mí como la consciencia de que el mundo es injusto, cuando era niño; como la idea de que los poderosos merecen ser derrocados, de cuando

joven; como la epifanía de que la noche oscura del alma se ilumina si se la puede mirar, leer y decir; de los últimos años.

Aquí estoy, desnudo frente al mar y con una nueva convicción: es la fe en el amor la que mueve los mares, la que me permite atravesar las montañas. Al amor voy, sin prisa, sin carga, con la disposición que tuve cada vez que supo mirarme a los ojos y decírmelo en la cara. ●

cristian alarcón

(La Unión, Chile, 1970). Escritor y periodista. Desde comienzos de los 90 se dedicó a la investigación y la crónica en los diarios *Clarín*, *Página 12*, *Crítica de la Argentina* y en las revistas *TXT*, *Rolling Stone* y *Gatopardo*. Publicó las novelas de no ficción *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* y *Si me querés, quereme transa*. Fundador de los sitios Cosecha Roja y Revista Anfibia, ha llevado la experimentación hasta el reciente *La palabra ya no tiene el poder. Periodismo performático*. Sus últimas indagaciones son sobre la relación entre el periodismo y el arte.

carlos manuel álvarez

(Matanzas, Cuba, 1989). Periodista y narrador. Es editor de la revista *El Estornudo*. Sus artículos y crónicas han aparecido en medios como *The New York Times*, *The Washington Post*, *Al Jazeera*, *Internazionale*, *El Malpensante* y *Letras Libres*. Ha publicado el libro de cuentos *La tarde de los sucesos definitivos*, el volumen de crónicas *La tribu: Retratos de Cuba* y la novela *Los caídos*. Fue seleccionado por el Hay Festival Cartagena como uno de los autores que conforman la lista Bogotá 39 de 2017.

álvaro bisama

(Valparaíso, Chile, 1975). Escritor y doctor en Literatura. Entre sus novelas se encuentran *Caja negra*, *Estrellas muertas*, *Ruido*, *El Brujo* y *Laguna*, además de los volúmenes de ensayo *Cien libros chilenos*, *Televisión* y *Deslizamientos*; y los libros de cuentos

Death Metal, *Los muertos* y *Cuando éramos hombres lobo*. Actualmente colabora con el diario *La Tercera* y es director de la Escuela de Literatura Creativa de la Universidad Diego Portales.

sonia budassi

(Bahía Blanca, Argentina, 1978). Autora de los libros de ficción *Los domingos son para dormir* y *Periodismo*, y de no ficción *Mujeres de Dios*, *Apache* y *La frontera imposable. Israel Palestina*. Obtuvo, entre otras, la beca del Centro Cultural de España-AECID y la de Letras del Fondo Nacional de las Artes. Fue invitada como Visiting Scholar in Shanghai University. Fue editora de *Anfibia*. Escribió para *Cultura de Perfil*, *Radar*, *Rapto de Europa*, *Revista Arcadia*, *El Ansia* y *Brando*, entre otras. Da talleres de escritura y es docente en la Facultad de Comunicación de la Universidad Austral. Trabaja como editora en la *Revista Ñ*.

alejandra costamagna

(Santiago, Chile, 1970). Periodista y doctora en Literatura. Ha publicado las novelas *En voz baja*, *Ciudadano en retiro*, *Cansado ya del sol* y *Dile que no estoy*, los libros de cuentos *Últimos fuegos*, *Animales domésticos*, *Había una vez un pájaro* e *Imposible salir de la Tierra*, y el compilado de crónicas *Cruce de peatones*. En 2003 obtuvo la beca del International Writing Program de la Universidad de Iowa. Le fue otorgado en Alemania el Premio Literario Anna Seghers 2008 al mejor autor latinoamericano del año.

maría sonia cristoff

(Trelew, Argentina, 1965). Es autora de *Falsa calma*, *Desubicados*, *Bajo influencia*, *Inclúyanme afuera* y *Mal de época*. Publicó tres antologías cuyos ejes centrales se vinculan con su propia narrativa: *Acento extranjero*, *Idea crónica* y *Pasaje a Oriente*. Da clases en la Universidad Nacional de las Artes (UNA) y en la Maestría de Escritura Creativa de la Universidad Tres de Febrero. Escribe en distintos medios. Sus textos han sido traducidos al alemán, inglés, francés, italiano, árabe y sueco.

gabby de cicco

(Rosario, Argentina, 1965). Poeta, periodista y activista lesbiana feminista. Publicó los libros *Bebo de mis manos el delirio*, *Jazz Me Blues*, *La Duración*, *Diario de estos días*, *Queerland* y *La tierra de los mil caballos*. Ha colaborado con *Rosario12*, *Las 12*, *Enredando*, *Feminaria*, *AWID* y *Democracia Abierta*. En 2000 cofundó RIMA - Red Informativa de Mujeres de Argentina y, en 2005, Hipólita Ediciones.

mariana enríquez

(Buenos Aires, 1973). Publicó las novelas *Bajar es lo peor*, *Cómo desaparecer completamente* y *Éste es el mar*; los cuentos *Las cosas que perdimos en el fuego*; el libro de viajes *Alguien camina sobre tu tumba* (a cementerios del mundo) y *La hermana menor*, una biografía de Silvina Ocampo. Es periodista y trabaja como subeditora del suplemento *Radar* del diario *Página*

12. Como docente, da clases en la Universidad Nacional de La Plata y en FLACSO. Su libro *Las cosas que perdimos en el fuego* (2016) recibió el premio Ciutat de Barcelona y ha sido traducido a veinticinco idiomas.

margarita garcía robayo

(Cartagena, Colombia, 1980). Escribió tres novelas: *Hasta que pase un huracán*, *Lo que no aprendí* y *Tiempo muerto*; varios libros de cuentos entre los que se destaca *Cosas peores*, Premio Literario Casa de las Américas 2014; y el libro de relatos autobiográficos *Primera persona*. En 2018 se lanzó en el Reino Unido *Fish Soup*, una antología personal que reúne tres libros de su producción. Ha sido traducida al inglés, francés, portugués, italiano, hebreo y chino.

erika halvorsen

(Río Gallegos, Argentina, 1980). Dramaturga y guionista. Egresada de la licenciatura en dirección escénica de la UNA. Con más de una docena de obras estrenadas (*Hija de Dios*, *Happyhour*, *Ser Ellas*, *Bisnietas*, *Vic y Vic*). Fue nominada como mejor autora en el Seoul Drama Awards 2009, por la serie multiplataforma *Amanda O*. En 2017 escribió la telenovela *ADDA*, junto a Gonzalo Demaría, nominada a los premios Tato, Martín Fierro y ganadores del Argentores Televisión 2017. Sus best sellers *El Hilo Rojo* y *Desearás* fueron adaptadas al cine.

enzo maqueira

(Buenos Aires, Argentina, 1977). Escritor, músico y docente universitario. Es autor del libro de

crónicas y relatos *Historias de putas* y de las novelas *Ruda macho*, *El impostor*, *Electrónica* y *Hágase usted mismo*. Colabora regularmente con las revistas *Anfibia*, *Vice* y *Viva* del diario *Clarín*. Fue secretario de redacción de la revista *Lea*. Textos suyos fueron publicados en diferentes antologías de la Argentina y el exterior.

alejandro modarelli

(Buenos Aires, 1961). Escritor, periodista, en la actualidad colabora con el Suplemento *SOY* de *Página 12*. Coautor de *Fiestas baños y exilios, los gays porteños en la última dictadura*, autor de *Rosa Prepucio: crónicas de sodomía, amor y bigudí* y *La noche del mundo*. Participó en diversas compilaciones, entre ellas *Otras Historias de Amor: gays, lesbianas y travestis en el cine nacional*, *Un cuerpo: mil cuerpos. Intersexualidades y Memorias, Identidades y experiencias trans. (In)visibilidades entre Argentina y España*. Como dramaturgo, estrenó *Flores sobre el Orín*. Cofundador de la ex Asociación Gays por los Derechos Civiles.

alan pauls

(Buenos Aires, 1959). Escritor, traductor y periodista. Ha sido profesor de Teoría Literaria en la Universidad de Buenos Aires y visiting professor en Princeton University. Ha dictado seminarios en las maestrías de Escritura Creativa de la Untref y la New York University. Es autor, entre otros libros, de las novelas *El pasado* (premio Herralde 2003) y la trilogía *Historia del llanto*, *Historia del pelo*

e *Historia del dinero*, y de los libros de ensayo *El factor Borges*, *La vida descalzo*, *Temas lentos* y *Trance*.

nacha vollenweider

(Río Cuarto, Argentina, 1983). Luego de finalizar su licenciatura en Pintura en la Universidad Nacional de Río Cuarto fue becada por el Servicio Académico de Intercambio Alemán en 2013 con una Beca para Artistas para realizar un proyecto de Cómics en la Universidad de Ciencias Aplicadas de Hamburgo (HAW Hamburg). Durante la beca comenzó su Master en Diseño, en la especialidad de ilustración y cómics. Su trabajo final de estudios: *Notas al Pie* (Fussnoten) estuvo entre los finalistas 2016 del premio Comicbuchpreis otorgado por la Fundación Berthold Leibinger de Stuttgart.

gabriela wiener

(Lima, Perú, 1975). Escritora y periodista. Ha publicado los libros *Sexografías*, *Nueve Lunas*, *Llamada perdida*, *Dicen de mí* y el libro de poemas *Ejercicios para el endurecimiento del espíritu*. Sus textos han aparecido en antologías nacionales e internacionales y han sido traducidos al inglés, portugués, francés e italiano. Sus primeras crónicas se publicaron en la revista peruana *Etiqueta Negra*. Fue redactora jefa de la revista *Marie Claire* en España. Escribe regularmente para *Eldiario.es*, *La República*, *El Salto*, *El País* y el *New York Times* en español. Tiene una videocolumna en lamula.pe @gabrielawienner.

imágenes

horacio abdala zarzur

(Buenos Aires, Argentina, 1985).
Ilustrador y estudiante de Diseño Gráfico en FADU.

bebel abreu

(João Pessoa, Brasil, 1979).
Arquitecta, calígrafa, editora y realizadora de eventos culturales.

florencia blanco

(Montpellier, Francia, 1971). Estudió cine y fotografía. Trabaja en ensayos fotográficos que expone regularmente en Argentina y en el extranjero.

florencia capella

(Buenos Aires, Argentina, 1981).
Ilustradora, graduada de Diseñadora Gráfica en la Universidad de Buenos Aires, carrera de la que es docente y formada en diversos talleres de arte.

ana cayuela

(Almería, España, 1991). Estudió Bellas Artes en la Universidad de Granada. Recibió el premio Bauhaus Essentials en 2012 y 2013 y en 2015 el premio de fotografía DJFP en Alemania.

ignacio de lucca

(Misiones, Argentina, 1960).
Graduado de arquitecto en la UBA, fue becario de la Fundación Antorchas en 1997. Participó en el programa Painting Edge, EE.UU. en 2004. Vive y trabaja en Buenos Aires.

mono grinbaum

(Buenos Aires, Argentina, 1971).
Diseñador, director de arte, docente y como Brandingfobia, activista gráfico.

federico lo bianco

(Buenos Aires, Argentina, 1985).
Fotógrafo y director de fotografía egresado de la Universidad del Cine. Trabaja junto a artistas visuales en Argentina y el exterior.

bárbara malagoli

(Santos, Brasil, 1989). Artista gráfica radicada en Londres. Recibió los premios 12th Brazilian Graphic Design Biennial y LUSOS Premio Lusofonos da Criatividade Bronze.

eugenia mello

(Lima, Perú, 1988). Diseñadora gráfica FADU. Máster en Ilustración de la Escuela de Artes Visuales de Nueva York, donde reside.

ignacio minaverry

(Buenos Aires, Argentina, 1978).
Estudió con Luis Scafati y Pablo Sapia. Autor de la serie *Dora* y de *Noelia en el País de los Cosos*.

christian montenegro

(Buenos Aires, Argentina, 1972).
Ilustrador, diseñador gráfico FADU. Estudió historieta con Alberto Breccia.

zé otavio

(Olimpia, Brasil, 1983). Ilustrador y artista plástico. Publicó retratos de celebridades del mundo de la moda, música y política en Brasil y el mundo.

alejandro pasquale

(Buenos Aires, Argentina, 1984). Artista plástico, cursó estudios de Bellas Artes en el INSA de Río Negro y el IUNA, para seguir como autodidacta.

Amor: poli / Mariana Enríquez... [et al.]; compilado por Cristian Alarcón.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Asociación Civil Cronos para
el Fomento y el desarrollo de la Comunicación Social; Ciudad Autónoma
de Buenos Aires: Anfibia, 2018.
180 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-46988-0-3

1. Relaciones de Pareja. 2. Ensayo Sociológico.
I. Enríquez, Mariana II. Alarcón, Cristian, comp.
CDD 301

Una historia hecha de todas las historias. Amores múltiples, diversos, nuevos. ¿Cuántos amores hay en un amor? ¿Cómo recordamos, qué olvidamos? Un día a día que agobia y seduce. Que nos vuelve vulnerables y poderosos. La distancia íntima que nos hace otros para los otros. Sexo. Miedo. Infidelidades. Cuerpos. Del deslumbramiento original a la crisis. Para empezar todo otra vez. Una excursión a las fronteras de la no ficción, del cómic a la poesía, del ensayo a la crónica, de la confesión a la dramaturgia.